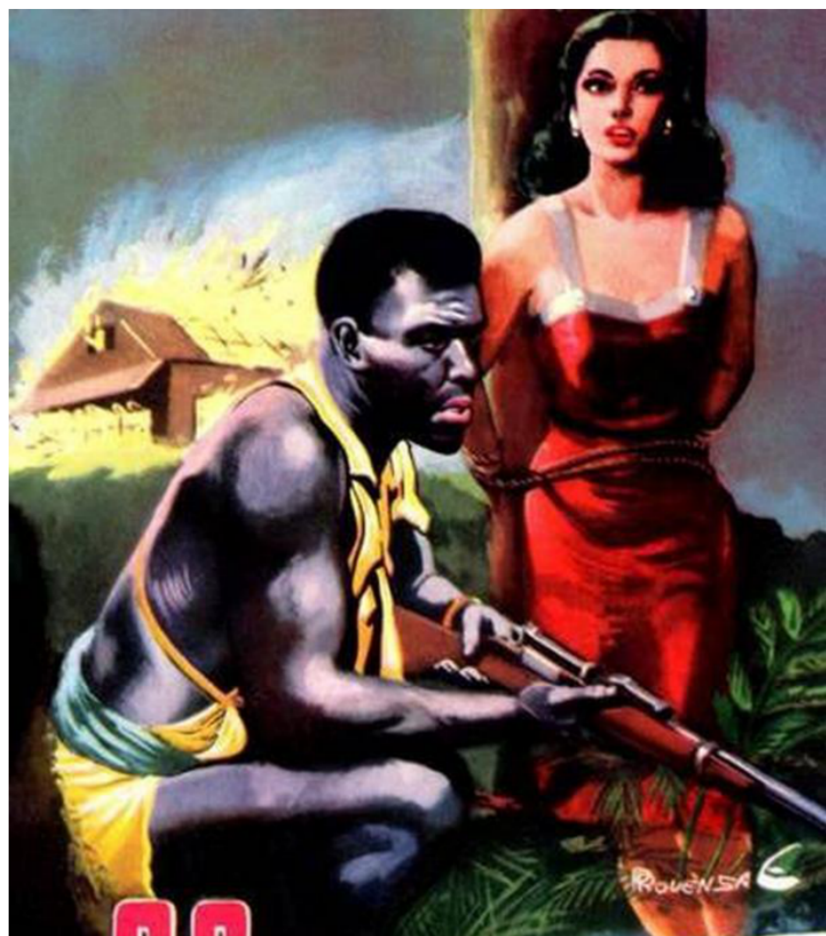

SS
SERVICIO SECRETO
KEITH LUGER
MAU-MAU
PROVENSAL

KEITH LUGER

MAU-MAU

1ª EDICIÓN
AGOSTO– 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA


Mau-Mau
por
KEITH LUGER

PRÓLOGO

Todos los hechos que se narran en las páginas siguientes son reales. El autor se ha limitado a dar sentido novelesco al relato que le hizo un periodista norteamericano, incluido entre los personajes con el nombre de Jeff Gooper, al que debemos nuestra gratitud por haber consentido su publicación.

Viviendo, en la actualidad, casi todas las personas que intervinieron en esta fascinante aventura, hemos creído oportuno hacerlas aparecer en la presente obra con otras identidades.

Asimismo, hacemos constar nuestro agradecimiento al Ministerio Inglés de Colonias por la ayuda prestada en la aclaración de algunos detalles referentes a Kenya, los kikuyus y el
Mau-Mau.

Keith Luger.

CAPÍTULO PRIMERO

El 11 de agosto de 1952, el Negus y emperador Halle Selassie firmó la Constitución que hacía de Abisinia y Eritrea una Federación, según el plan que las Naciones Unidas establecieron en diciembre de 1950. El 12 de setiembre los elementos gubernamentales abisinios ratificaron la ley de unión Federal, y tres días más tarde estaba yo en Asmara.

Había pasado más de un mes en El Cairo enviando casi diariamente una crónica a mi periódico, el Mercury de Kansas City, cuando decidí que el general Naguib había perdido actualidad por el momento, y que debía marchar a Eritrea para estar presente en las ceremonias de la transferencia de poderes por el Administrador General y Residente británico al representante del Negus.

Mantuve una conferencia con mi director, Barry Cunigam, y le sugerí la idea de mi desplazamiento a Asmara con posterior visita a Addis Abeba e, incluso a Kenya, de donde empezaban a llegar noticias sobre algunos actos de terrorismo realizados por cierta sociedad secreta conocida por el nombre de
Mau-Mau.
Cunigam, después de poner los reparos acostumbrados, dio su autorización. Inmediatamente, preparé las maletas y dije adiós a la tierra de los faraones.

El día 15, fecha en que comienzo este relato, me levanté muy temprano, tomé un baño, me afeité y después de desayunar abandoné el hotel Europeo, en el que me alojaba, dirigiéndome hacia el edificio ocupado por el Residente inglés que había gobernado Eritrea desde la pérdida del país por los italianos.

Las calles estaban muy animadas. Por todas partes se veían chiquillos de ambos sexos que, capitaneados por sus maestros, se disponían a celebrar bulliciosamente la festividad del día. Portaban en sus manos banderas abisinias, inglesas y de las Naciones Unidas,

que movían promoviendo gran escándalo.

Eran poco más de las diez cuando llegué a la escalinata de la casa de míster E. Commings. Enseñé mi credencial a la pareja de soldados que hacían la guardia, y me franquearon la entrada. Mientras caminaba por un largo pasillo, llegó a mis oídos una voz solemne. El acto ya había empezado.

No menos de setenta personas llenaban un salón profundamente adornado con flores y más banderas. En la pared adyacente a la presidencia había dos grandes retratos, el de la reina Isabel II de Inglaterra y otro del Negus. Entre ambos se hallaba la enseña de las Naciones Unidas.

Las puertas acristaladas que daban a una amplia terraza estaban abiertas de par en par, y en el techo del salón habían dos grandes y potentes ventiladores. Ello no era obstáculo para que hiciese un calor de mil diablos.

Vi que en la terraza habían preparado largas mesas, cubiertas con manteles de blancura inmaculada, en las que esperaban fuentes con bocadillos, canapés pasteles… y docenas de botellas de vinos y licores.

Míster D. E. Commings, que hablaba en aquellos instantes tenía a su derecha al yerno y representante del emperador de Etiopía, el Ras Andarehaw Massai. A ambos lados de los principales protagonistas del acto permanecían toda clase de personas vistiendo trajes oficiales de los más variados colores y ostentando en sus pechos kilos de cruces y condecoraciones.

La voz de Commings era clara y sonora:

«—Eritrea fue una creación artificial de los italianos, que amalgamaron colonialmente regiones geográficas y pueblos dispares. Tal principio mantenido en este país fue un error, ya que Eritrea ha sido siempre tierra abisinia con unidad de intereses y nivel de vida…».

Se guardaba un respetuoso silencio. Eché una ojeada entre el público. Había muchos europeos. Comerciantes, navieros y hasta intelectuales. Se podía adivinar a qué especie pertenecía cada uno de los asistentes. Esto resultaba fácil después de haber recorrido unos cuantos países africanos. Distinguí una cabeza de mujer, e intenté ver su rostro desplazándome hacia la izquierda. Un hombre grueso, de robusto cuello, me impidió el paso, y entonces eché

mano a un recurso infalible. Enganché mi pie en el talón del obeso e hice como si tropezase. Armé un ruido infernal y varios labios sisearon, entre ellos los de la mujer, imponiéndome silencio. Ellas son así.

Era una joven de unos veinte años, con el rostro más bonito que yo había visto en la posguerra. Sus facciones me trajeron a la memoria las de una madona del siglo XVI que había visto en la abadía de un pueblecito napolitano semiderruido por un bombardeo. Sus ojos azules se encontraron con los míos, y tuve que tragar saliva. Fue cosa de un par de segundos, pero hubiese jurado que se me doblaban las piernas.

Volvió el silencio, y siguió oyéndose el discurso del último administrador británico:

«—La incorporación de Eritrea como región autónoma representa para Abisinia convertirse en imperio marítimo, su mayor anhelo y necesidad. Más exacto sería decir que ha recobrado su carácter de Estado marítimo, pues ya lo ha sido durante la mayor parte de su historia, hasta que en el año 1850 se establecieron los turcos en la costa de Massau. Luego vinieron las ocupaciones egipcia e italiana, pero Etiopía nunca renunció a sus derechos sobre Eritrea…».

Afortunadamente míster Commings no se mostró pesado. Pasó a hablar de la confraternidad guerrera entre los soldados ingleses y abisinios durante el último conflicto mundial, haciendo especial mención de que con las victorias de los aliados se liberó al país del yugo totalitario. Pronunció un hermoso canto de los altos ideales perseguido por las Naciones Unidas y, finalmente, deseó mil venturas a la nueva Federación, exhortando al Gobierno etíope para que siguiese laborando por la paz y la prosperidad dentro del concierto de los pueblos libres.

Una salva de aplausos rubricó el discurso del orador, y a continuación le tocó el turno al Ras Andarehaw Massai, quien con voz suave, como si temiese romper algún tímpano, dijo en inglés unas cuantas palabras para agradecer las de míster Commings y prometer una era de felicidad a la región que se incorporaba a la corona del descendiente de la Reina de Saba.

Luego hubo una serie de apretones de manos entre todos los altos personajes de la saliente y entrante administración y

representantes extranjeros. Por último, míster Commings señaló con la mano la terraza, y los asistentes nos dispusimos a tomar posiciones.

Probé una empanadilla de no sé qué clase de pescado, y me apresuré a quitar el mal sabor con una copa de vino.

—No se habrá hecho daño… —dijo una voz a mi espalda.

Me volví. Era el hombre grueso.

—No, gracias. No tuvo importancia —repuse.

—Me alegro —empezó a mirar las fuentes dudando sobre cuál lanzarse, y mientras elegía, agregó—: ¿Le gustó el acto?

—No estuvo mal.

Por fin, se decidió por los bocadillos de jamón. Se comió tres en seis minutos. Pensé que podía aspirar al campeonato mundial de tragaldabas. Yo, entretanto, fumé un cigarrillo. Vi a lo lejos a la joven de los ojos azules conversando muy entusiasmada con un hombre rubio de unos cuarenta años. Acabé de perder el apetito.

—Esto no ha sido nada…

Era otra vez el obeso que terminaba de engullir el cuarto emparedado.

—¿Decía? —inquirí.

—Que el acto que ha presenciado ha sido flojo… Poca charanga, ya me entiende. Tenía que haber visto usted lo qué hicieron los italianos cuando entraron en Addis Abeba… Fue algo inolvidable. Música, festejos, banquetes… ¡una semana fantástica!

—Lo típico del régimen de Mussolini —comenté—. Yo me quedo con esto.

Creí que aquella frase, en la que expresaba mi desdén por sus recuerdos, terminaría la conversación, pero mi interlocutor siguió dándole a la lengua:

—No creerá que soy de los de Mussolini.

—Al menos su inglés no lo parece.

—Soy compatriota suyo.

Me quedé mirándole con curiosidad.

—Sí, sí, americano —continuó—. Sólo que falto de Estados Unidos mucho tiempo. Allá por el veintinueve, decidí alejarme de Nueva York… Wall Street se tambaleaba, era inminente la debacle económica, y yo me dije que no me pillaría debajo… Ja, ja, ja —al reírse, sus adiposidades se estremecieron—. En el mundo había

muchos países que estaban esperando a que llegase un hombre con agallas para sacar a flote la riqueza que escondían… Sí, señor, cogí un mapa, le eché un vistazo, y decidí que Abisinia era un buen sitio para hacer algo…

—¿Y lo hizo?

—¿Que si lo hice…? Pregunte usted en Addis Abeba quién es Arthur Millard… ande, pregúntelo…

—Bueno, el caso es que hasta la semana próxima no iré a Addis Abeba, ¿por qué no me contesta usted mismo a esa pregunta? ¿Quién es Arthur Millard?

Los noventa y tanto kilos de mi interlocutor se movieron hacia la fuente de las empanadas de pescado Al oír mi respuesta, dejó de estirar la mano y volvió los ojos hacia mí.

—¿Ha oído hablar de la meseta central de Abisinia? —dijo.

—No.

—Pues allí se encuentra una de las regiones más fértiles del Globo. Cuando esa meseta se roture y se ponga en cultivo, producirá cereales, tubérculos y otros vegetales suficientes para alimentar a cien millones de personas… ¿lo oye…? ¡Cien millones de personas!… Yo vi esa meseta semiabandonada, y calculé lo que se podía sacar de ella… Así que me asocié con un italiano de Somalia, Luigi di Maggio, compramos dos mil hectáreas de tierra y comenzamos a trabajarla. Aquello dio resultado. En tres años conseguimos adquirir tres mil hectáreas más… Todo iba sobre ruedas, hasta que llegaron los italianos.

—¿Y qué ocurrió?

—Se terminaron las compras de terreno. Dijeron que pertenecían a la corona de los Saboya, y que el Estado pondría en explotación la riqueza del suelo.

—¿Y respetaron las propiedades?

—Mi socio era italiano, no lo olvide. Con lo que teníamos había bastante para enriquecernos, y así lo hicimos; no perdimos el tiempo… Durante años anteriores a la guerra mundial, vendimos nuestros productos a precio de oro al propio Gobierno italiano. Estuvieren mucho tiempo aislados comercialmente por aquello de las sanciones que le puso Inglaterra, y no tenía más remedio que pagar lo que se le pidiese.

—¿Y qué hicieron con la meseta?

—Nada. No llegó a pasar un solo tractor del Gobierno por ella. Eso sí, redactaron no sé cuántos proyectos agrícolas, pero luego los enviaban a Roma para su aprobación y se eternizaban en los despachos… Estalló la guerra, y bueno, lo demás está reciente…

—¿Qué hizo usted cuando Italia entró en guerra?

—No me hubiese ocurrido nada si me hubiese quedado porque Di Maggio me cubría las espaldas, pero preferí marcharme por una temporada a El Cabo, hasta que las cosas se aclarasen… Al ser derrotado el ejército italiano, regresé y continuamos con lo nuestro.

—¿Y Luigi di Maggio?

—Él no se había metido en política. No hubo ni una sola denuncia contra él de los abisinios. Y ahora tenemos el negocio viento en popa.

—¿Seguirán con la meseta?

—Creo que nuestro país tiene un plan al respecto. Hace dos años estuvo por aquí una legión de técnicos agrícolas. Quieren aplicar a Abisinia el punto cuarto del programa de Truman, ayuda a los países débilmente desarrollados…

Arthur Millard, el hombre «con agallas», dijo la última palabra y apoderóse de la fuente de empanadas. Preferí mirar hacia otro lado para no verle masticar.

La jovencita había añadido a su cortejo a un hombre canoso, de apacible rostro.

No resistí la tentación y pregunté a Millard:

—¿Conoce a aquella joven?

Dejó la fuente de empanadas cuando iba a ojear en la dirección que le indicaba con la cabeza.

—No me los han presentado, pero sé quiénes son. Tengo mi servicio secreto, amigo. El de más edad se llama John Vickers, es profesor de Historia Natural y ha venido a África con una misión científica. La joven es su hija…

—¿Y el rubio?

—Gene Autmon, inglés, propietario de la Compañía de Tractores de Nairobi. Lleva unos cuantos años en África.

—¿Lo conoce, entonces?

Millard hizo una mueca extraña.

—Sí, lo conozco. Es un tipo de cuidado…

—¿Por qué?

—Hum… cosas… —Levantó los hombros y, arrojó en sus fauces la mitad de la empanada.

—Quisiera que me presentase —dije—. ¿Tiene inconveniente?

Dejó la fuente de empanadas, y cuando iba a echar a andar lo detuve por el brazo.

—Necesitará saber mi nombre —declaré—. Aún no le he dicho quién soy.

—Jeff Gooper, corresponsal del Mercury de Kansas City —repuso—. ¿Qué clase de servicio secreto se cree que tengo?

Me dejó tan sorprendido que tuve que apretar el paso para alcanzarlo cuando ya llegaba donde se encontraba la señorita Vickers.

—¡Hola, Autmon! —saludó Millard, dando una palmada en la espalda del rubio.

—¡Caramba, Arthur! ¿Qué tal te va…? No me digas que has adelgazado, porque no lo creeré…

Cambiaron un apretón de manos y un par de sonrisas, tras las que se adivinaba la poca alegría que sentían realmente por el encuentro.

Después vinieron las presentaciones, y así pude estrechar la cálida mano de Jane Vickers.

Ellos continuaron la conversación que habíamos interrumpido. Autmon decía a los Vickers que en Nairobi les tenía reservadas habitaciones en su casa, y que no consentiría que se marchasen al lago Victoria sin haber pasado unos días con él. Yo no sabía cómo meter baza, y, al fin se me ocurrió preguntar a Jane Vickers si quería algo de beber. Asintió, y ello me dio oportunidad para iniciar un diálogo cuando nos apartamos del grupo y le ofrecí una copa:

—¿Le gusta África, señorita Vickers?

—Sí, la encuentro excitante —contestó.

Su voz me sonó como la caja de música que mi abuelita me regaló cuando eché el primer diente.

—Lo es —asentí.

—Pero usted debe estar acostumbrado, señor Cooper.

No quise que siguiese creyendo que yo era quizá Gary Cooper metido ahora a periodista.

—Gooper —le rectifiqué.

—Oh, perdone…

—No tiene importancia. Para un antepasado mío sí la tuvo.

—¿Por qué?

—Luchaba con los sudistas, en el ejército del general Lee. Mi bisabuelo se llamaba Brian Gooper y había un tal Brian Cooper, también entre los Confederados, que se distinguió porque arrasaba todo pueblo en que entraba al frente de sus tropas. El nombre de Brian Cooper llegó a ser odiado y temido al mismo tiempo. Mi bisabuelo cayó prisionero de los yanquis en una escaramuza y cuando dijo llamarse Brian Gooper, los otros creyeron que tenían en sus manos al cruel Cooper. Le hicieron un juicio sumarísimo y, a pesar de sus protestas pretendiendo aclarar el error que sufrían, los jueces consideraron que se trataba de una burda estratagema y lo condenaron a morir fusilado.

—¡Qué terrible equivocación!

—Afortunadamente para mi nacimiento, la sentencia no llegó a cumplirse.

—¿Qué pasó?

—Un milagro. Cuando mi bisabuelo estaba frente a los fusiles del pelotón de ejecución, el oficial que lo mandaba se quedó mirando al ajusticiado sin dar la orden de fuego. Era el teniente Gregory Flanigan, que había estudiado con mi bisabuelo en Baltimore. Se volvió hacia el coronel que asistía a la ejecución y dio cuenta de que, efectivamente, aquel hombre no era Brian Cooper. En fin, todo se pudo arreglar y el buen Gooper pudo regresar, terminada la guerra, a las tierras calientes de Georgia.

—¿De qué parte de Georgia es usted?

—De la misma Atlanta. ¿Leyó *Lo que el viento se llevó*?

—Sí.

—En la calle Soud, esquina con la Newport, tiene mi padre instalado un restaurante. Si fuese usted algún día por allí, comería las mejores salchichas que haya podido soñar…

Jane rió y dijo:

—Lo veo difícil. Mi padre limita sus viajes al continente africano.

En aquel instante John Vickers llamó a su hija y nos reintegramos al grupo.

—¿Qué hay, papá?

—Autmon quiere que nos vayamos con él pasado mañana, en el

avión correo de Nairobi. ¿Te importa?

—No, en absoluto.

—Magnífico —comentó Autmon, con jovialidad—. Y esta noche me permitirán que les invite a cenar.

Naturalmente, la invitación iba por los Vickers, pero Autmon debía haber esperado estar solo con ellos para hacerla. ¿No es eso una norma de buena educación?

Un hombre de unos treinta años se aproximó a grandes zancadas. Era barbilampiño, y estaba provisto de una nariz demasiado grande para el tamaño de su cabeza. Tenía que ser «alguien» porque era uno de los que llevaban más chatarra en el pecho.

—Bien, señores, esto toma otro cariz —comenzó diciendo, con el evidente deseo de intrigarnos.

—¿A qué se refiere, señor Eddy? —inquirió John Vickers.

—Acabo de recibir un cable de Nairobi —declaró el tal Eddy, y desparramó su mirada por el grupo esperando quizá que dejáramos de respirar—. Durante la noche pasada esos malditos negros han asesinado a tres colonos y cinco indígenas.

—¿Cómo es posible? —exclamó Autmon.

—Eso es lo que se estarán preguntando en el Ministerio de Colonias.

—¿Cree usted que se trata de una insurrección? —interrogó Vickers.

—No le puedo contestar hasta que haya tomado posesión de mi nuevo cargo y analizado la situación.

—¿Se tiene la seguridad de que los crímenes han sido ejecutados por la agrupación del Mau-Mau? —quiso saber Millard.

—Puede afirmarlo desde ahora. Nadie que esté en su sano juicio es capaz de semejantes fechorías —contestó Eddy—. Esos negros están juramentados, y no les importa encontrar la muerte…

Se me quedó mirando, dándose cuenta por primera vez de que no me conocía. Millard nos presentó, y cambiamos un leve apretón de manos. Era Thomas Eddy, jefe de policía, cesante en Asmara, ahora destinado en Nairobi.

Arthur Millard se excusó diciendo que tenía unas cuantas cosas

que hacer y yo me encontré allí como pez fuera del agua. Me quedé unos minutos y cuando lo juzgué oportuno, decidí marcharme. Dije a todos que estaba encantado de haberles conocido, y ellos me contestaron una cosa parecida. Me las arreglé para separar unos pasos a Jane de su padre, y le pregunté:

—¿Dónde se aloja?

—En el Europeo.

—¡No!

—¿Por qué?

—Yo también estoy allí.

—Una casualidad, ¿verdad?

—Sí. ¿Tendrá alguna hora libre? Necesito material para mis artículos, y usted parece conocer este país.

Ella sonrió y dijo:

—Mi padre lo conoce mejor.

Me hizo el efecto de un golpe al hígado, pero tuve el valor de insistir:

—Me interesa más su punto de vista. Si yo enviase a mi periódico una crónica repleta de profundos conocimientos antropológicos, me despedían en el acto.

—Está bien.

Me galopó el corazón.

—¿Le parece bien mañana a las once? —propuse—. Ya he oído que está invitada a cenar esta noche.

—De acuerdo. Mañana a las once. Espéreme en el vestíbulo del hotel.

—Gracias. Es usted un ángel.

Salí a la calle, y alguien me dio un pito y una bandera abisinia. Recorrí medio kilómetro pitando y moviendo la bandera.

Durante gran parte del día Jane Vickers ocupó mi pensamiento. Hacia el atardecer decidí no quedarme en Addis Abeba cuando abandonase Asmara. Después de todo, en Kenya estaban sucediendo cosas interesantes, y mi propio director sería el primero en agradecer el «sacrificio».

Me senté en un café, y redacté la crónica sobre lo que había presenciado en el edificio ocupado por la última administración. Más tarde me dirigí a telégrafos, y la envié.

Cené en el local nocturno de Las Tres Estrellas y me quedé a ver

las atracciones. Bebí tres *whiskys* y fumé medie docena de cigarrillos.

A las doce y media di por terminada la jornada, pagué el importe de la fiesta y me marché al hotel.

El encargado de noche me saludó y me entregó la Prensa de El Cairo que le había solicitado el día anterior, porque quería estar al corriente de las primeras actuaciones del general Naguib en el poder.

Subí en el ascensor, lo abandoné en el piso segundo. Lo reenvié y saqué la llave de mi departamento. Abrí la puerta, y simultáneamente la cerré y di vuelta al conmutador de la luz.

La escena que se ofreció ante mis ojos será difícil que la olvide mientras viva.

Arthur Millard, el hombre «con agallas», estaba en el suelo. Debo decir, más bien, los despojos de Arthur Millard.

Era como si un carnicero hubiese estado intentando hacer pedazos aquel cuerpo con un hacha.

La cabeza estaba casi separada del tronco, y por el enorme boquete había salido la sangre a torrentes. Los brazos y piernas, en extrañas posiciones, igual que los de una torpe marioneta, habían sido seccionados por axilas, codos y rodillas.

Alrededor del mutilado cuerpo había un horroroso charco de sangre.

Esta vez, a Arthur Millard le había fallado su servicio secreto. Cuando más lo había necesitado.

CAPÍTULO II

Registré el departamento con prevención. Yo no estaba armado y el asesino podía encontrarse todavía allí. Por fortuna había terminado su labor con tiempo suficiente para huir. Un pensamiento egoísta, pero que cualquiera de ustedes, en mis circunstancias, lo hubiese tenido también.

En mi mente comenzaron a agolparse las preguntas.

¿Por qué habían asesinado a Arthur Millard en mi departamento? La única respuesta que se me ocurría era que había acudido allí con la pretensión de verme, y que el criminal le siguió. Más, ¿por qué no me esperó en el vestíbulo, a la vista del público, en lugar de abrir mi puerta con una llave falsa? Y, sobre todo, ¿para qué quería verme Arthur Millard? ¿Por qué lo habían matado? ¿Por qué de aquella forma tan monstruosa?

Eran demasiadas preguntas, y yo estaba muy lejos de poder asirme a algo tangible para contestarlas.

Abandoné mis habitaciones y me puse un cigarrillo en los labios mientras bajaba la escalera. Al aplicar el fósforo a la punta del «Chesterfield», me di cuenta de que mi mano temblaba.

Me acerqué al encargado que se hallaba en el registro. Era un mestizo de suaves maneras.

—¿Desea alguna cosa, señor Gooper?

—Sí, dígame, ¿ha preguntado hoy alguien por mí?

—En el tiempo que he estado aquí, no, señor Gooper. Mi servicio comienza a las nueve de la noche.

—¿Dónde puedo ver al encargado de día?

—Es Tedia. Quizá lo encuentre en el Café de París…

Le di las gracias y salí del hotel. Había visto varias veces el rótulo del Café de París, porque estaba situado a tres manzanas más arriba.

El local apenas podía contener una persona más. Cogí por el

cuello a un camarero, le di un dólar y le pedí que llevase ante Tedia. Nos abrimos paso a codazos, y el mozo me dejó junto a la mesa en que se encontraba el individuo en cuestión. Estaba en compañía de una morena de grandes ojeras, pestañas cubiertas por rímel y labios embadurnados concienzudamente de *rouge*.

—¿Tedia? —dije.

El eritreo levantó la cabeza, y por el brillo de sus pupilas deduje que había bebido más de la cuenta. La morena me miró ominosamente, temiendo que le espantase la presa.

—¡Ah, es usted! —balbuceó Tedia—. Myrna, éste es Jeff Gooper, un periodista famoso… le presentó a Myrna, señor Gooper…

Incliné la cabeza, y ella la torció dándome la bienvenida.

—¿Quiere beber algo, señor Gooper? —me invitó Tedia.

—No, gracias. Sólo le molesto para que me diga si alguien preguntó hoy por mí mientras ha estado usted de servicio en el hotel.

Tedia bizqueó del ojo derecho antes de contestar:

—¿Por usted…? Sí, señor Gooper… preguntaron por usted…

—¿Quién?

—Primero Arthur Millard, ¿lo conoce?, es un hombre grueso…

—Sí, le conozco. ¿Le dio algún recado para mí?

—No; solamente preguntó, a eso de las siete, por usted. Le dije que no había subido a la habitación en todo el día. Insistió tanto que llamé a su departamento por si acaso había regresado sin que yo lo viese. Comprobó que no estaba, y me dijo que esperaría en el salón de lectura y que le llamase en cuanto usted apareciese…

—Pero debió salir.

—No le he vuelto a ver. Supongo que continuaría en el salón cuando me relevaron.

—¿Y quién más preguntó por mí?

—Llamaron por teléfono. Una voz de mujer.

—¿Voz de mujer?

—Sí; fue una media hora después de que el señor Millard entró en el salón de lectura.

—¿Quién era?

—Se lo pregunté, pero no me contestó. Dijo solamente que quería saber si el señor Gooper estaba en su departamento. Le dije que no, y después colgó… Por si le interesa, la mujer era francesa.

—¿Francesa?

—Tenía una pronunciación inconfundible, a pesar de que trataba de disimularlo. He estado diez años en Argel, y no me puedo equivocar.

Aquélla era toda su información. Me levanté, y le di cinco dólares, y por la mirada que Myrna echó al dinero supe en qué bolsillo estaría al día siguiente.

Era un bonito rompecabezas. Un hombre, al que acababa de conocer, asesinado en mi departamento. Una mujer con pronunciación francesa, de la que no sabía nada, que preguntaba por mí. ¿Qué había detrás de todo aquello?

Al pensar que mi próximo paso era comunicar el asesinato de Millard a la policía, recordé que había sido testigo de un cambio de administración y que, por lo tanto, el asunto incumbía a las autoridades abisinias. Estaba seguro de que Thomas Eddy daría un suspiro de alivio, y de que el nuevo jefe de policía sería víctima de una repentina jaqueca.

De todas suertes, quise que Thomas Eddy fuese el primero en enterarse de mi historia, ya que así me sería más fácil salir del apuro. Conseguí la dirección de su domicilio particular por medio del listín de teléfonos del Café de París, y a él me encaminé.

Después de pasarme varios minutos pulsando el timbre, me abrió un criado soñoliento. Con creciente vehemencia le indiqué lo que deseaba, y al fin me hizo pasar a un saloncito.

Thomas Eddy, embutido en un batín azul, mostró en el rostro la sorpresa que le causaba mi visita a tales horas, la cual fue aumentando conforme avancé en mi relato. Estábamos sentados en cómodos sillones, y Eddy inclinó el torso hacia delante como si temiese perder alguna palabra. Cuando terminé, me preguntó:

—¿Se ha fijado bien en el cadáver?

—Creo que sí —repuse extrañado—. ¿Por qué?

—¿Cuántas son las mutilaciones? Quiero decir el número.

Mentalmente fui contando las heridas.

—Siete —declaré.

Eddy se mordió el labio inferior.

—Me lo temía —murmuró.

—¿Qué quiere decir?

—Ésa es la tarjeta de visita del

Mau-Mau.
Sus asesinatos se caracterizan por las siete mutilaciones.

—Pero aquí… ¿en Asmara?

Eddy se levantó sin hacer caso de mi pregunta.

—¿Ha avisado a la policía abisinia?

—No; he querido hablar antes con usted.

—Bien; en un momento me visto… Conozco a Sehalla, el nuevo jefe de policía…

Minutos más tarde salíamos en dirección al edificio de la jefatura. Como era lógico, no estaba Sehalla, y un policía negro se encargó de ir a llamarlo a su domicilio.

Cuando llegó, hice una declaración en regla y nos fuimos todos con dos agentes más, al hotel Europeo. Acompañados por el mestizo del *comptoir* subimos a mi departamento, y se hicieron cargo del cadáver. El mestizo puso el grito en el cielo y rogó a Sehalla que no se hiciese una publicidad innecesaria del crimen, para no echar abajo la buena fama del hotel.

Con gran contento para mí, Sehalla se dio por satisfecho con mis manifestaciones, y se despidió anunciándome una visita para el día siguiente. Eddy y yo salimos a la calle.

Hacía una noche cálida, y yo quería formular unas cuantas preguntas. Ofrecí un cigarrillo al inglés y encendimos, y entonces decidí entrar en materia:

—Oiga, señor Eddy; cuando me hallaba en El Cairo, empecé a oír hablar de ese
Mau-Mau.
Supuse que se trataba de una simple pandilla de desalmados que mataban y saqueaban en beneficio propio, amparándose en las supersticiones atávicas de la raza negra. Es la segunda vez en el día de hoy que he oído algo referente al
Mau-Mau.
¿Me puede informar al respecto?, ¿qué es el
Mau-Mau
y qué representa verdaderamente?

—Lo que yo le pueda decir no son más que noticias llegadas de Kenya a través de otras personas. De todas formas puedo darle una idea general. Cuando me incorpore a la policía de Nairobi, podré hablar con más conocimiento de causa…

—Se lo agradezco. Yo también he decidido ir a Nairobi. Entretanto, me servirá de mucho su informe.

—El Mau-Mau es una agrupación integrada por kikuyus, indígenas pertenecientes a la raza bantú que pueblan con preferencia las mesetas centrales de Kenya.

Los kikuyus suman, en total 800 000, superando a sus hermanos de raza los kavirondo, establecidos en las inmediaciones del lago Victoria, y a los wakamba, acantonados en las zonas reservadas del Ukamba… Hay otros muchos grupos raciales de negros, pero los que le acabo de citar son los más importantes…

—Luego es cierto que el Mau-Mau es una sociedad fuerte y unida…

—No corra tanto, señor Gooper.

—Perdone; continúe…

—El kikuyu es el negro más guerrero e inteligente. Entre ellos se han reclutado siempre los obreros más eficientes y los soldados con mejor capacidad de asimilación, e incluso muchos kikuyus se han independizado, dedicándose al pequeño comercio… Por estas cualidades, unos cuantos miles de kikuyus, durante la segunda guerra mundial, fueron a Europa y a las posesiones británicas del océano Índico como soldados o trabajadores de industrias de guerra. Esto les sirvió para aprender que los blancos trabajan y también luchan. Al regresar a Kenya, desearon ser iguales a los blancos, y pretendieron conseguir una aptitud legal que la legislación colonial les negaba por el momento. Ante esta situación, estos kikuyus modernizados fundaron la Kenya African Union con el programa de pedir derechos políticos para los negros, sin distinción de grupos raciales, de que sea restringida la inmigración de colonos blancos anglosajones, y de que disminuya también la concesión a estos de terrenos en la región de las altas mesetas, la tierra más fértil, que es donde los kikuyus habitan…

—Considero razonable esa pretensión, hasta cierto punto —interrumpí a Eddy aprovechando su pausa.

Chasqueó la lengua y movió la cabeza en sentido negativo.

—Habla usted en americano, amigo Gooper. Tienen ustedes la obsesión del anticolonialismo, y no se detienen a sopesar otros aspectos del problema, que no es tan simple como a primera vista parece.

—¿Qué hay que tener en cuenta? —pregunté.

—Esos negros que se creen lo suficientemente entrenados para una casi independencia política, son extremistas y constituyen una verdadera minoría. Los derechos políticos que recaban para los 4 875 000 negros que habitan Kenya serían usufructuados por esa minoría. Crearían una dictadura en la que no se respetaría ni siquiera la vida de los súbditos. No, amigo Gooper; el Gobierno de mi país no puede consentir un movimiento de tal índole que echaría por tierra la labor docente de muchos años de sacrificio. Tienen un camino legal a seguir para hacer cuantas peticiones crean ellos convenientes al futuro de Kenya, pero de ninguna forma deben emplear la fuerza, asesinando y robando. Son ellos quienes se quitan la razón. Si se creyesen tan civilizados como para constituir un Estado soberano, esas muertes indicarían que se hallan equivocados. Utilizan métodos que hace muchos siglos fueron desterrados por la sociedad. Aquel que viola el quinto mandamiento con la excusa de que lo hace por conseguir algo que no obtiene por otros métodos, es un criminal cualquiera, y como tal debe ser juzgado y castigado.

Lo que me decía Eddy era muy interesante y como ya llegábamos a su casa, le invité a tomar una copa de *whisky* en un cercano establecimiento abierto, con el objeto de que me siguiese informando.

Era una taberna en la que la clientela estaba compuesta en su mayor parte por obreros. Nos sentamos ante una mesa y pedí dos *whiskys*. Mientras nos servían, dije:

—Usted me ha hablado del Kenya African Union como primera organización de los kikuyus, anterior a la del Mau-Mau; ¿cuál fue su actuación y cómo ha dado origen a este Mau-Mau de acción terrorista?

—La actuación del Kenya African Union comenzó en el año

1947 en forma turbulenta. Hubo declaraciones constantes de huelgas en Nairobi. Los huelguistas se dieron al saqueo de algunos establecimientos ingleses y hubo necesidad de que interviniese la policía. Los jefes de los agitadores fueron encarcelados y castigados a sufrir penas leves de prisión, más en cuanto se vieron libres volvieron a las andadas, provocando disturbios y entorpeciendo el buen deseo de colaboración de nuestra Administración con los elementos representativos del orden en la colonia.

—¿Cuáles eran esos deseos?

Un negro dejó sobre la mesa los vasos de *whiskys*. Eddy cogió el suyo y tomó un trago antes de contestar:

—Existe un Consejo Legislativo en Kenya que es un verdadero Parlamento. Allí se discuten leyes sobre cuestiones tan interesantes como las referentes a trabajo, propiedad, emigración, etc. Este Consejo Legislativo se compone de dieciséis funcionarios administrativos a los cuales se agregan otros cinco que designa directamente el gobernador. En el total de veintiún miembros sólo cuatro son negros, y ninguno de ellos es elegido por sus hermanos de raza, sino nombrados también directamente. El gobernador *sir* Eveling Baring tenía el proyecto de someter al estudio del Consejo Legislativo una ley aumentando el número de miembros negros con la particularidad de que éstos serían nombrados por elección popular. Tal proyecto se redactó cuando míster Atlee era el primer ministro de la Corona, y fue ratificado por míster Churchill al retomar al poder. Ante el cariz que tomó el asunto en 1947, el proyecto fue suspendido hasta que se determinasen las responsabilidades de los agitadores.

Thomas Eddy hizo una nueva pausa para beber y sacar una pitillera de piel de cocodrilo, de la que me ofreció un cigarrillo.

—¿Qué ocurrió después de ese movimiento huelguístico? —le animé a seguir.

—Muchos kikuyus renunciaron a seguir a sus jefes, prefiriendo el orden. Entonces, los rebeldes cambiaron de táctica y durante 1948 y los años siguientes se dedicaron a conseguir la ayuda exterior. Perseguían el que una potencia extranjera se interesase por su causa. Para ello echaron mano, como agentes-enlaces de una plaga de aventureros que siempre andan por estas regiones, a la caza de cualquier negocio que les rinda buenos beneficios, por sucio

que sea. Así es cómo ha nacido la nueva organización del
Mau-Mau.
Ya le digo que tengo referencias, pero a mi entender son los mismos hombres del Kenya African Union, que han cambiado de nomenclatura y utilizan ahora los resabios supersticiosos y mágicos, instintivos en los grupos negros raciales, para disciplinar a sus adeptos y evitar las deserciones que sufrieron en 1947.

—Entonces usted cree que el
Mau-Mau
es una organización de tipo político… —dije.

—Sus fines son esencialmente políticos, aun cuando pretendan enmascararlos con pretensiones de tipo social. Por otra parte, si piensa ir, como dice, a Nairobi, allí tendré oportunidad de ampliarle esta información.

Le di las gracias y no consentí que pagase el importe de la consumición. Lo dejé en la puerta de su casa, y me volví al hotel Europeo. Allí me esperaba el mestizo quien con sus mejores palabras me comunicó que habían cambiado mi equipaje de departamento y que el nuevo estaba señalado con el número 24.

Minutos más, tarde, mientras me desnudaba, pensé en todo cuanto me había referido Thomas Eddy. Los sucesos de Kenya eran mucho más interesantes de lo que yo había imaginado. Me daba en la nariz que de todo aquello podía salir una serie de crónicas que harían estremecer a los pacíficos lectores del Estado de Kansas.

Lo que no sabía en aquel instante era que el
Mau-Mau
iba a penetrar en mi vida con sus secretos, sus extraños ritos y aquella aureola de misterio esotérico que ya le rodeaba.

Me dormí, y soñé que caminaba por una calle en la que a cada tres metros había un cuerpo horriblemente mutilado.

Al despertarme tenía la boca seca, y tuve que ir al lavabo para enjuagarla. Volví al dormitorio. La luz entraba a raudales por la ventana. Miré al reloj. Eran las once menos cuarto de la mañana. ¡Y a las once estaba citado con Jane Vickers!

Llegué al vestíbulo del hotel con tres minutos de retraso y Jane me esperaba ya. Lucía un juvenil vestido blanco que la hacía más bella y graciosa que el día anterior.

—Debería perdonarme, señorita Vickers. Creí que no quedaba

una mujer en el mundo capaz de llegar con puntualidad a una cita…

—Ya ve que se equivoca —dijo ella, aceptando mi mano.

—Procuraré darle una satisfacción en el menor tiempo posible. ¿Adónde quiere ir a almorzar?

—Me da lo mismo. Usted elige.

La llevé al restaurante del Club Inglés, porque me pareció el más a tono con las circunstancias. Nos sentamos a una mesa, tomamos un «Martini» y encargué la comida. Al principio hablamos de cosas indiferentes, pero cualquier palabra que saliese de sus jugosos y frescos labios me producía un extraño cosquilleo en la garganta que jamás anteriormente había sentido ante mujer alguna. Les doy mi palabra de honor.

Después de la comida ella inició la conversación.

—Estoy esperando, señor Gooper.

—¿Qué? —pregunté, ofreciéndole el paquete de «Chesterfield».

—El material que yo debía suministrarle para sus artículos, ¿no recuerda?

Hice un movimiento con la cabeza, asintiendo, y saqué el bloc de notas y la «Parker».

—Empecemos —dije—. ¿Qué hace una joven como usted por estas regiones?

—¿Cree que eso importará mucho a los lectores?

—Enormemente, se lo aseguro. Al americano no le gusta la crónica internacional política que los periódicos europeos insertan en sus páginas tan copiosamente. Los americanos prefieren conocer a las personas que luchan por sus necesidades en el pequeño mundo a que se circunscriben sus vidas. Quieren saber las ansias, las realizaciones de los seres normales como ellos. Para nosotros el hombre de la calle es mucho más importante que cualquier seudogenio político que lanza su programa como si nadie antes que él hubiese pensado en el bienestar de su pueblo.

—Bien —repuso ella dando un suspiro—, no me queda otro remedio que decírselo. Mi padre ha venido a África comisionado por un colegio estatal de Inglaterra para realizar estudios sobre la fauna de la región que bordea el lago Victoria. Yo le acompaño; eso es todo.

—¿Como secretaria o colaboradora?

—No; no me ha interesado nunca la Historia Natural. Yo soy o pretendo ser profesora de idiomas. Mi padre tiene secretaria. ¿Le gustan las francesas?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque la secretaria de papá es francesa.

Instantáneamente me acordé de la mujer que había preguntado por mí el día anterior.

—¿Cómo se llama?

—Madeleine Besnard. ¿La conoce?

—Oh, no… Es que en el hotel he oído hablar de una francesa que ha llamado mucho la atención —mentí.

—Pues es Madeleine. No puede ser otra.

—¿Pecaría de indiscreto si le pidiese que me informase sobre Autmon?

—No, de ninguna forma. El padre de Autmon y el mío editaron allá por el año treinta y cuatro, una obra sobre Historia Natural. El padre de Autmon era también investigador. Murió en Londres durante un bombardeo. Gene ya conocía Kenya porque acompañó a su padre en algunos viajes y por ello al terminar la guerra se trasladó a Nairobi donde fundó una compañía para la venta de tractores y otros vehículos agrícolas. Es un muchacho muy animoso, y creo que ha acertado con el negocio —Jane miró el reloj, y dio un salto en la silla—. ¡Dios mío, son las dos! Hace media hora que debería estar en el hotel.

Pagué la cuenta y regresamos al Europeo. En el vestíbulo nos despedimos. Yo no le había dicho que viajaríamos en el mismo avión correo de Nairobi, y decidí continuar silenciando este extremo. Me estrechó la mano y me dijo:

—No sé si nos volveremos a ver, señor Gooper.

—Quién sabe…

—Le deseo mucho éxito en sus próximas crónicas…

—Estoy por asegurarle que lo obtendrán.

—Adiós, señor Gooper.

—Adiós, señorita Vickers.

Se dirigió hacia el salón de lectura donde la esperaría su padre o Autmon, y yo pasé al ascensor.

Jane era una criatura deliciosa. No sabía si interesaría a mis lectores, pero a mí me apasionaba.

Entré en la habitación 24, y cerré la puerta tras de mí.

No pasé del umbral. De pie, en medio del dormitorio había un hombre de ojos grises que me miraba fijamente. Se cubría con una gabardina verde pálido, y tenía las manos metidas en los bolsillos.

Dijo con voz ronca:

—¡Si das un paso más te achicharro!

CAPÍTULO III

—¡Steve Monroe! —exclamé.

—¿Qué tal, chupatintas? —repuso el hombre de la gabardina verde, viniendo hacia mí.

Nos abrazamos riendo.

—¡Viejo zorro!

—¡Perseguidor de rubias!

Nos dijimos mutuamente unas cuantas lindezas parecidas a las que quedan reseñadas. Eran recuerdos de otros tiempos.

Al fin nos separamos y yo comenté:

—Menos mal que me marcho mañana de este hotel. No sé para qué están las cerraduras. Cada vez que entro en el departamento me encuentro con un intruso…

—Pero esta vez no fue un cadáver —replicó Steve, al tiempo que se despojaba de la gabardina.

—¿Lo sabes ya? —pregunté extrañado.

Sonrió mientras sacaba un paquete de cigarrillos. Me tiró uno, y lo cogí al vuelo.

—No me gustan las sonrisas mefistofélicas, Steve —declaré—. De modo que, anda, dime, ¿qué hace un agente del FBI en Asmara?

Se puso un dedo en los labios y siseó.

—Psh… calla; las paredes oyen.

—Si no me dices pronto la razón de tu presencia aquí, te prometo…

—Está bien, está bien —me interrumpió—. Soy tu nuevo fotógrafo.

—¿Mi qué?

—Tu colaborador, ¿entiendes, Jeff?

—Ni una palabra, ¿qué clase de broma es ésta?

Steve se fue a un rincón del fondo, y cogió algo que yo no había visto. Una funda de cuero, de cuyo interior sacó una máquina

fotográfica de las usadas en el periodismo.

—¿Te basta con esto o he de enseñarte mis credenciales? —dijo.

—Será lo mejor.

—Hombre de poca fe —murmuró. Y después extrajo la cartera del bolsillo interior de la americana, y me alargó un papel agregando—: Aquí tienes, genio.

Era una carta del embajador americano en El Cairo, e iba dirigida a Jeff Gooper. En ella se me decía que, previo los trámites oportunos, un portavoz del Departamento de Estado había ordenado se concediese toda clase de facilidades a Steve Monroe, agente del Federal Burea of Investigation, para el cumplimiento de la misión que le había sido confiada. Entre estas facilidades, seguía diciéndome el señor embajador, se contaba la del camuflaje de Steve Monroe como fotógrafo repórter del Mercury de Kansas City, quedando bajo «mis órdenes».

Le di el papel, inquiriendo:

—¿De qué misión se trata?

—Ahí no dice que te la tenga que comunicar.

Estuve a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—¿Quieres insinuar que voy a trabajar contigo sin saber…?

—Eh, eh, amigo —me interrumpió—. Tú no vas a trabajar con nadie; soy yo el que ha de hacerlo contigo. ¿No está clara la carta del embajador?

Ahora me tocó a mi dibujar en el rostro una sonrisa satánica.

—¡Claro que sí, querido Steve, claro que sí…! Tú has de trabajar conmigo, pero he de comunicarte algo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Qué es?

—¡Que mañana me marcho de Asmara para trabajar en Nairobi!

Steve dio una chupada al cigarrillo, expulsó la bocanada de humo y preguntó:

—¿En el avión correo?

—Sí.

—Es una verdadera «casualidad». Yo también tengo sacado el pasaje para ese avión.

Sentí deseos de arrojarle una silla a la cabeza, pero pensé enseguida que, de hacerlo, tendría que pagar los desperfectos y

últimamente había tenido demasiados gastos.

Steve Monroe y yo éramos amigos desde hacía diez años. Nos conocimos un par de meses después de la catástrofe de Pearl Harbour en una cafetería de Manhattan. Juntos nos alistamos, y juntos hicimos la campaña de África. Al desembarcar en Sicilia. Steve fue herido de gravedad, y pasó casi el resto de la guerra en un hospital inglés. Cuando se reincorporó a las filas combatientes, Von Runstedt había fracasado en la última ofensiva de las Ardenas, y ya iniciábamos nuestra victoriosa marcha que acabaría en Berlín.

En 1946 fuimos licenciados. Yo tenía un puesto reservado en la redacción del Mercury, e invité a Steve a que me acompañase. Le dije que en Kansas había sitio para él. Declinó la oferta porque había pensado entrar en el
F. B. I.,
que en aquel tiempo tenía abierto una especie de banderín de enganche para los excombatientes que continuasen con deseos de sentir emociones fuertes. Cada uno tiró por su lado, y en los siete años transcurridos sólo nos habíamos visto una vez. Fue en Chicago, allá por 1948 con motivo de la Convención Democrática en que Truman fue reelegido candidato a la Presidencia. Steve formaba parte de la guardia personal de Truman, y yo estaba en Chicago como enviado especial del Mercury. Tuvimos oportunidad de pasar unas horas juntos y de cerciorarnos de que a los dos nos iba bien en nuestras respectivas profesiones.

En lo que a mí se refiere, con posterioridad al año 1948, tuve la suerte de redactar una serie de crónicas sobre la economía de Estados Unidos, que gustaron mucho, y poco a poco me fui colocando. En 1950 pasé a ser una especie de corresponsal mundial. Allí donde surgía cualquier acontecimiento de carácter internacional, aparecía Jeff Gooper con su credencial del Mercury, dispuesto a no dejar títere con cabeza hasta haber exprimido la última gota periodística del suceso.

En cuanto a Steve, se apuntó un gran éxito con el descubrimiento de importantes documentos relacionados con el espionaje atómico en nuestro país. Pero su mayor triunfo lo consiguió en Francia al detener a una banda de falsificadores de moneda americana. Reunía magníficas condiciones para su oficio. Me llevaba cinco centímetros de estatura, y tenía unos músculos de

atleta. Sus cabellos eran negros, los ojos grises y la sonrisa irónica de sus labios le había valido más de media docena de conquistas entre las damas.

Así que, después de cuatro años, me encontraba con Steve Monroe nada menos que en Asmara, a muchos miles de millas de nuestra patria y en unas circunstancias que se me antojaban extrañas y enigmáticas. Pensé en lo que era lógico, que Steve se hallaba metido en un asunto de trascendencia, y que si yo era tan buen periodista como mis lectores creían, debería ser o suficientemente sagaz para hacer saltar la tapadera de la olla y ver lo que se estaba cociendo.

Mis primeros intentos encaminados a tal fin fueron totalmente infructuosos. Steve contestaba a mis preguntas con evasivas, y ello aumentó mi curiosidad y la capacidad de destilación de mi vesícula biliar.

Pasé la tarde redactando una crónica en la que me refería a Jane Vickers y a las mujeres etíopes en general. Steve se tumbó en mangas de camisas en el sofá y estuvo durmiendo unas cuantas horas a pesar del ruido producido por la portátil. ¿Por qué en lugar de permanecer allí no se lanzaba a la calle en busca del asesino de Arthur Millard? ¿Es que acaso aquel crimen no estaba relacionado con su misión?

Hacia las siete llamaron a la puerta, y di permiso para entrar.

Era Sehalla, el nuevo jefe de policía. Entró y se sentó después de echar una mirada al cuerpo yacente que había en el sofá.

—Es mi fotógrafo —le dije, a guisa de explicación—. Ha llegado hoy de El Cairo y se encontraba cansado.

Como si me hubiera escuchado, Steve lanzó un ronquido.

Sehalla, con sus grandes ojos negros, me dedicó una mirada de comprensión.

—¿Ha conseguido aclarar algo? —le pregunté.

—Hemos detenido al noventa por ciento de los maleantes que hay en Asmara —declaró—. Se ha interrogado a la mayoría, y en estos instantes continúan el «tratamiento» mis agentes…

—Me parece acertada esa medida…

Tenía el presentimiento, por no decir la seguridad, de que Sehalla fracasaría en su primera investigación policíaca, pero no quería desanimarle.

—Creo que dará su fruto en un futuro inmediato —repuso—. Ahora quisiera que me contestase a una pregunta…

—Hágala. Estoy deseando poder colaborar con ustedes.

—Usted ha dicho que ayer conoció a Millard…

—Así es.

—Y que no hablaron de nada que pudiese sugerir el triste fin a que estaba destinado el señor Millard…

—Exacto.

—Y cuando se despidieron no quedaron en encontrarse nuevamente…

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué el señor Millard le había reservado a usted una habitación contigua a la suya en el hotel Reina Isabel de Nairobi?

—¿Cómo dice?

—Hemos encontrado la cartera de negocios que utilizaba el señor Millard. En su interior había un cuaderno de notas, en una de cuyas páginas el asesinado había hecho constar: «Habitaciones para Jeff Gooper y para mí en el Reina Isabel, de Nairobi. Reservadas». Hemos telefoneado a Nairobi y se nos ha dicho que, efectivamente, esas habitaciones están reservadas desde anteanoche.

—¿Anteanoche? —grité—. ¡Pero si yo conocí a Millard ayer!

Hubo unos segundos en que los dos guardamos silencio, mirándonos fijamente. No fue absoluto, porque Steve se hallaba en la gloria con su concierto de ronquidos.

Sehalla entrecruzó los dedos de las manos como si se dispusiese a orar.

—Le creo a usted, señor Gooper —declaró solemnemente.

—Puedo asegurarlo.

—No obstante, lamento tener que decirle que su viaje a Nairobi deberá ser aplazado… mientras no aclaremos algunos puntos relacionados con este enojoso asunto.

Me levanté de un salto.

—¡Pero eso no es posible! ¡Debo de ir a Nairobi mañana!

Sehalla se incorporó también.

—Espero que se haga usted cargo de mi posición, señor Gooper. Soy el primero en sentir esta dilación en sus planes profesionales, pero el deber es el deber…

Sus palabras eran definitivas, y no esperó mi réplica. Echó una última mirada al bello durmiente y se dirigió hacia la puerta. Desde el umbral se volvió sonriendo, mostrando su blanca dentadura.

—A sus órdenes, señor Gooper —dijo, y se marchó.

Durante un minuto estuve contemplando la puerta lleno de ira.

No se mostró afectado por el insulto. Bostezó, desperezándose.

La voz de Steve me hizo girar igual que si hubiese sido picado por un escorpión.

—Así que «te quedas» en Asmara —dijo.

—¡Conque estabas despierto! ¡Eres un sucio espía!

—Es una suerte que puedas convivir con Sehalla durante unos días, amigo Jeff. Unas cuantas crónicas sobre los procedimientos de la policía abisinia deben ser muy interesantes para tus conciudadanos de Kansas City.

—Muy gracioso, enormemente gracioso… pero oye esto, polizonte, si yo no voy a Nairobi… ¿de quién vas a ser el fotógrafo?

Por la mirada que me dirigió, vi que esta vez había dado en el blanco.

Las nueve de la mañana era la hora señalada para la partida del avión correo Asmara-Nairobi. A las siete y media salimos Steve y yo del hotel, embutidos en nuestras gabardinas. A unos diez metros de la puerta había un abisinio que se sobresaltó en cuanto nos vio. Era indudable que los agentes policíacos de la Federación se encontraban tal faltos de experiencia profesional como su jefe. Echamos a andar con despreocupación, y el guardián se apresuró a seguirnos.

Desayunamos en un café de la calle del Comercio y luego fumamos un cigarrillo, paseamos por la acera de los bazares hindúes. Nos detuvimos junto a un escaparate, y Steve me señaló un bonito traje. Yo asentí y penetramos en el bazar, no sin antes observar de soslayo al policía que se había inmovilizado junto a la más cercana farola del alumbrado.

El traje me costó diez dólares, y di tres más de propina para que el propietario del bazar me lo dejase poner en una habitación interior. Cuando me presenté de nuevo ante Steve, provoqué su regocijo. La cosa no era para menos. Me había convertido en un reluciente indio con turbante. Mas el comerciante no se mostró conforme con el disfraz, y nos prestó su colaboración,

distribuyéndome por el rostro medio kilo de una grasa pardusca que olía a tocino rancio, pintándome los ojos con un lápiz negro y aumentando la longitud de la boca con una extraña sustancia sebácea de color rojizo. Todo ello me obligó a obsequiarle con otros tres dólares.

Steve aprobó la transformación, y yo creí que soñaba cuando contemplé mi imagen en el espejo. Era algo perfecto.

La segunda parte del plan ideado por Steve comenzó su desarrollo.

Oímos gritos en la calle.

—¡Ladrones…! ¡Socorro…! ¡Ladrones!

Pronto a la primera voz se unieron otras, y hasta el propio comerciante colaborador salió de su establecimiento para ver lo que ocurría. Vimos pasar por la acera corriendo a media docena de hombres.

Steve me hizo una seña con la cabeza y abandonamos la tienda. Unos veinte metros más arriba, junto a otro comercio, había mucha gente aglomerada gesticulando y vociferando. Seguimos la dirección contraria, y no tardamos en encontrar un taxi.

Faltaban diez minutos para la salida del avión cuando llegamos al pequeño aeropuerto. El policía encargado de visar los pasaportes se me quedó mirando al ver en el mío el nombre de Jeff Gooper. Le hablé en inglés, idioma que él conocía, explicándole que me vestía así por razones de mi profesión, y se dio por satisfecho. Como esperábamos, el buen Sehalla había creído que bastaría para «sujetarme», la vigilancia del hombre que en aquellos instantes se encontraba encerrado en una habitación de la calle del Comercio. Steve había pagado cincuenta dólares a un sujeto para que diese los gritos anunciando la presencia de ladrones en una casa muy cercana al bazar donde nosotros habíamos penetrado. Lógicamente el policía debería acudir al lugar de los hechos, abandonando momentáneamente su presa, yo, y nuestro cómplice lo conduciría a la buhardilla de la casa donde con suma facilidad lo dejaría encerrado. Steve había cronometrado el tiempo para que cuando mi guardián lograse salir de la buhardilla, el avión de Nairobi surcase ya los aires. Ni qué decir tiene que el hombre elegido por mi amigo era un pillo de siete suelas, y que se conformaba con su posterior detención, ya que los cinco dólares, puestos a buen recaudo para

cuando ello ocurriese, le compensaban satisfactoriamente los días de cárcel que pudieran imponerle por la jugarreta.

Éramos los únicos pasajeros que faltaban. Allí se encontraban en sus respectivos asientos John Vickers, su hija Jane, Thomas Eddy, Gene Autmon y otras dos personas que yo no conocía, un hombre y una mujer. Precisamente mi asiento era contiguo al de ella, una joven cuyo perfil me pareció interesante. Steve se dejó caer en el lugar libre que había junto a Thomas Eddy. Al pasar al lado de Jane, mis ojos se encontraron con los suyos y yo tuve la insolencia de sostenerle la mirada, lo cual provocó que retirase ella la suya.

Me senté, y mi pie tropezó con el de mi compañera de viaje.

—Oh, perdón —me disculpé.

—De nada, *monsieur* —me contestó, volviendo hacia mí su rostro.

Tenía unos ojos, una boca y un cuello que me hicieron olvidar, por un instante, el escaso atractivo que yo debía inspirar bajo aquel disfraz.

De pronto, recordé una vez más a la mujer que me había llamado por teléfono al hotel Europeo. Era una francesa… y también lo era la secretaria de Vickers. ¿Cómo me había dicho Jane que se llamaba…? Sí, Madeleine Besnard.

Me arrellané en mi asiento y miré a Steve. Estaba tan nervioso como yo, pero no ocurrió ningún contratiempo. A las nueve menos dos minutos, se pusieron en marcha los motores del aparato, y el personal del campo retiró la escalera. A las nueve comenzó el deslizamiento por la pista y poco después nos elevamos rumbo a Nairobi.

Allá, en Kenya, me esperaba la gran aventura de mi vida.

CAPÍTULO IV

No ocurrió nada de particular durante la primera parte del viaje. En Addis Abeba el aparato se detenía una hora. Steve había tomado en Asmara una última precaución necesaria. Telefoneó a nuestra Embajada en la capital abisinia a fin de que se adoptasen las medidas oportunas para que la policía no hiciese caso del telegrama que recibiría de Sehalla recomendando mi captura. Tal diligencia debió ser cumplimentada a la perfección porque no fuimos molestados por nadie y así yo seguí en el incógnito y Steve continuó desempeñando su papel de fotógrafo del Mercury.

En cuanto el aparato dejó de deslizarse por la pista del aeropuerto etíope, bajamos todos los pasajeros dirigiéndonos al bar restaurante. Los Vickers, Eddy, Autmon y la francesa formaron un grupo, y ya no me cupo duda de que ésta era la secretaria del naturalista.

Steve y yo nos sentamos a una mesa y pedimos emparedados a un mozo de color.

—Me gusta —dijo Steve, cogiendo un emparedado de jamón.

—Yo prefiero los de queso.

—Me refería a la hija de John Vickers.

—Por lo visto conoces a todo el mundo.

—Es mi profesión.

Steve pertenecía a esa clase de tipos que los lunes van con una rubia, los miércoles con una morena y pasan el fin de semana con una prima que ha venido de la granja y que resulta ser siempre una estupenda pelirroja. No me agradó que pusiera sus ojos en Jane Vickers.

—No es de esa clase de chicas, Steve —le advertí.

—¿De qué clase?

—No te hagas el tonto; ya me entiendes, Jane es distinta…

—Conque Jane, ¿eh?… Se ve que has intimado, querido.

Tendrás que presentármela.

—¡Ni lo sueñes! —protesté.

—Está bien, está bien, chupatintas… Me las arreglaré yo solo.

—Te estarás quieto, Steve.

Se me quedó mirando distendiendo los labios con aquella sonrisa irónica tan peculiar en él.

—Hum… Me parece que estás a punto de colarte, Jeff —chasqueó la lengua, y agregó—: Ya te veo con la madeja de lana entre las manos, junto a los leños crepitantes del hogar en las desapacibles noches del invierno… ¡Qué cuadro tan enternecedor!

—Si no dejas de hablar te tiro el sifón a la cabeza…

Steve lanzó una carcajada.

Comimos los emparedados y tomamos café.

El pasajero desconocido se hallaba solo en un taburete junto a la barra. Lo señale con la cabeza y pregunté a Steve:

—¿Quién es?

—Tampoco lo sé.

Lo dijo con un tono que me resultó convincente.

Jane Vickers se levantó y se dirigió a la terraza. Era una oportunidad magnífica para hablar con ella, pero no quería que creyese que yo había salido de un baile de disfraces antes de tomar el avión en Asmara.

—Con tu permiso —murmuró Steve, poniéndose en pie.

Cuando quise cogerlo por el brazo, era demasiado tarde, y ya caminaba hacia la terraza. Llegó muy cerca de Jane, y dijo algo. La joven volvió la cabeza un poco sorprendida y luego sonrió. De nuevo habló Steve, y se estrecharon la mano. Una parte de mi corazón empezó a agrietarse. Conversaron durante bastantes minutos, los suficientes para que el nerviosismo me hiciese volcar el vaso de *seltz*. Al fin, John Vickers y sus compañeros abandonaron la mesa y fueron al encuentro de Jane. Ésta presentó a Steve, y hubo sonrisas y apretones a granel.

El altavoz anunció la salida del avión para Nairobi, y desalojamos el bar para reintegrarnos a nuestros puestos.

Fue entonces cuando percibí algo que me llamó la atención. El desconocido pasajero caminaba a unos tres metros a la izquierda de Madeleine Besnard, cuando ésta le miró y en su rostro apareció una levísima sonrisa mientras sus ojos parpadearon. Duró todo dos

segundos porque el individuo pasó de largo, pero a mí me aguijoneó la curiosidad.

Cuando me dirigía a mi asiento por el pasillo del avión, Steve me miró con una sonrisa de desafío.

El aparato dejó atrás el campo de aterrizaje, hundiendo la proa hacia las montañas que aparecían por el sur. La azafata negra nos trajo revistas, y me ensimismé en la lectura de un Colliers pretendiendo olvidar los últimos sucesos.

Al cabo de unas horas de la salida de Addis Abeba, interrumpió mi lectura la voz de Jane:

—¡Miren…! ¡Miren…! ¡A la derecha!

El avión volaba a unos doscientos metros por encima de un bosque abierto donde el césped no debía ser muy alto. Lo que había llamado la atención de Jane era un rebaño de jirafas que corrían despavoridas al oír el ruido de los motores.

Minutos más tarde fue una manada de cebras la causa de su regocijo. Parecía una chiquilla a la que hubiese llevado por primera vez al zoológico.

Después volábamos sobre un río en cuyas márgenes pacían los antílopes, que también huyeron como almas perseguidas por el diablo. Los hipopótamos, contrariamente, continuaron bañándose sin preocuparse por la presencia del enorme pájaro que surcaba los aires.

Toda la fauna de la región se ofreció a nuestra vista en una sucesión rápida de imágenes encantadoras. El vagabundo elefante, el tétrico rinoceronte, el áspero búfalo, el vistoso avestruz y miles y miles de monos y aves.

Fue transcurriendo el tiempo. Me quedé dormido y no me desperté hasta oír la voz de la azafata anunciándonos que nos sujetásemos las correas de seguridad porque el aparato se disponía a aterrizar.

Era de noche y en el aeropuerto de Nairobi soplaba un fuerte viento. Nos dirigimos al edificio donde la policía debía visar nuestros pasaportes. Dejé que mis compañeros de viaje me precediesen en las formalidades a cumplimentar, y me puse a mirar un tablón de edictos que había en una de las paredes.

En uno de ellos se requería a los asesinos de Roderick Hudson, colono inglés de la zona de Abardere, para que se presentasen ante

el juzgado so pena de ser declarados rebeldes.

En otro se requería a los asesinos de Charles Wood y su esposa Khaterine Wood, colonos de la zona de Fort Hall.

En un tercero a los asesinos de Florace W. Turnour, su esposa y una hija, colonos de la zona de Abardere.

Las noticias que habían llegado a El Cairo y Asmara no eran exageradas. En Kenya estaba ocurriendo algo muy grave que la autoridad se veía impotente para evitar.

—¿Qué tal, señor Gooper?

Me volví y quedé sin respiración.

—Se… señorita Vickers… —balbucí.

—Supongo que ahora se quitará «eso».

Jane sonreía divertida.

—¿Cómo me ha reconocido?

—No lo habría hecho nunca, si no me lo hubiese advertido su compañero, el señor Monroe.

—¿Cómo dice?

—El pobre ha perdido la apuesta. Se ve que no lo conoce a usted para haberla aceptado.

¿Apuesta? ¿A qué apuesta se refería?

—Bien, señor Gooper. Según parece habrá ocasión de que nos volvamos a ver.

Le cogí la mano que me tendía y dije:

—¿Me quiere contestar a una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Qué clase de apuesta le dijo el señor Monroe habíamos cruzado?

Se quedó unos segundos mirándome un tanto perpleja.

—Pues que usted sostenía que se disfrazaría de indio y que nadie lo reconocería.

Moví la cabeza asintiendo, al mismo tiempo que me subía la presión arterial.

—Buenas noches, señor Gooper.

Le contesté en voz tan baja que ni yo mismo lo oí siquiera.

Se marcharon los pasajeros y quedamos Steve y yo. Mi amigo había terminado ya el visado, y encendía un cigarrillo cuando me acerque a él.

—¡Traidor!… ¡Me las pagarás! —exclamé, y me dirigí a la

ventanilla.

Un policía inglés me devolvió el pasaporte después de aclararle suficientemente mi personalidad. Steve me esperaba junto al tablón de los edictos.

—¿Qué te parece? —inquirió, indicándome las requisitorias.

—¡Déjate de eso, polizonte!

—¿Qué mosca te ha picado?

—¿Y tienes el cinismo de preguntarlo?

—Ah… es por lo de esa muchacha. ¿Es así como pagas un favor? Estuve hablando de ti todo el tiempo. Te juro que resistí la tentación de decirle unas cuantas cosas de mi cosecha.

—¡Cállate!

Steve levantó los hombros y dijo:

—Como quieras. ¿Vamos ya al Reina Isabel?

—Antes he de quitarme este disfraz. No quiero que me vean con él en el hotel. Iremos a cualquier establecimiento.

Cogimos un taxi a la salida del aeropuerto, y el conductor nos llevó a un bar. Con una propina conseguí de un camarero un poco de alcohol, con el que limpié mi rostro de la grasa y los colorines. Más tarde nos dirigimos al Reina Isabel y le regalé al taxista el traje hindú.

El gerente del hotel era un holandés de rubio cabello y mejillas sonrosadas. Se dobló como un contorsionista dándonos la bienvenida al vemos llegar.

—Hay un departamento reservado a nombre de Jeff Gooper —declaré.

—Exactamente, yo mismo recibí el encargo del señor Millard. ¿No viene él con usted?

—Un contratiempo le ha impedido acompañarme.

—Cuánto lo siento.

Fue fácil conseguir que Steve se quedase en mi departamento. El dólar era la moneda favorita del holandés, a juzgar por los ojos que puso cuando le enseñé el extremo de uno.

Nos instalamos en las habitaciones cuya puerta de entrada estaba marcada con el número 8. Correspondía al primer piso, y tenía dos ventanas que daban a la calle.

Steve dejó sobre un sillón la máquina fotográfica que había llevado colgada del cuello durante el viaje.

Tomamos un baño, y después bajamos al salón restaurante. En una de las mesas se encontraba, sólo como siempre, el desconocido pasajero del avión. Nos observó de lejos, y desvió la mirada cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

Nos sentamos a una mesa unos metros más arriba.

Monroe sonrió e indicó:

—Se llama Douglas Richter y es comerciante de profesión. Lo vi cuando fiscalizaban su pasaporte.

—Me suena a falso —repuse.

—A mí también; como Judas.

No le quise contar lo que había visto en el aeropuerto de Addis Abeba. En el momento oportuno cambiaría con él mi información. Cuando estuviese dispuesto a ofrecerme él la suya.

Pedimos los dos lo mismo. Consomé y entrecot con patatas. El desconocido se levantó en el momento en que el mozo nos sirvió el segundo plato. Steve también se incorporó en el instante en que el otro estaba llegando al vestíbulo.

—¿Vas a seguirlo? —pregunté.

—¡Qué inteligente eres, chupatintas! Cualquier día de estos propondré tu ingreso en el FBI.

—¡Vete al diablo!

Me guiñó un ojo y se marchó.

El entrecot y las patatas desaparecieron, y apareció un tipo africano regularmente vestido a la europea. Debía ser «alguien», porque muchas cabezas se volvieron acompañándole en su desplazamiento hasta la mesa que eligió para cenar. Hice una seña al camarero que nos había servido, y acudió solícito en busca de una propina. Le pregunté quién era el recién llegado y me contestó que se trataba de Kyengo, uno de los lugartenientes de Jomo Kenyata, el presidente de la Kenya African Unión.

Muchos de los ingleses que había allí dieron por terminada la comida, y abandonaron el local cuando aún se hallaban sin tomar el segundo plato o los postres. Vi protestar a un par de ellos ante el holandés.

Despaché un par de plátanos, tomé una taza de café y firmé la nota.

Con paso decidido me dirigí a la mesa donde se hallaba Kyengo.

—Buenas noches —le saludé.

Levantó la mirada del plato de sopa que tenía ante sí, y me radiografió.

—¿Qué se le ofrece? —inquirió abruptamente.

Saqué el carnet de identidad, y se lo tendí diciéndole:

—Mi nombre es Jeff Gooper. Soy corresponsal del Mercury, de Kansas City. ¿Tiene inconveniente en contestar a algunas preguntas? Le advierto que las respuestas serán publicadas en el diario que me envía. Trescientos mil ejemplares de tirada —todo eso lo disparé en muy pocos segundos.

No quise agregar que el Mercury llegaba hasta los trescientos cincuenta mil ejemplares los jueves, día en que se acompañaba al número ordinario el suplemento infantil.

Kyengo miró mi fotografía y pareció no quedar muy contento de ella. Creí que iba a rechazar mi propuesta, mas no fue así.

—Siéntese —dijo, en un buen inglés.

Me alargó el carnet, lo guardé y me senté. Saqué el bloc y la pluma. Empecé la interviú.

—¿Es usted kikuyu? —pregunté.

—Sí.

—¿Perteneciente a la agrupación del
Mau-Mau?

—Soy miembro de la Kenya African Union.

—¿Una y otra organización no tiene los mismos jefes?

—No, señor.

—¿Qué significa en inglés
Mau-Mau?



¿Qué significa Mau-Mau?

—Es una alteración de la palabra kikuya
uma-uma,
que podríamos traducir por ¡fuera de aquí!

—En El Cairo oí decir que
Mau-Mau

significa los hombres que se esconden. ¿Cuál de las dos versiones debo aceptar?

—Usted ha preguntado y yo he contestado.

—Muy bien. Me quedo con la suya. Pero según ello «¡fuera de aquí!» es uno de los principios del Kenya African Union, y por tanto existe ya un punto de contacto con la sociedad del
Mau-Mau…

—¿Quiere dejar eso?

Miré sus brillantes pupilas y asentí. Mí «Parker» volaba sobre las hojas de papel, transcribiendo taquigráficamente preguntas y respuestas.

—¿Qué es lo que persiguen ustedes?

—Una vida mejor para todos los grupos raciales negros.

—¿Todos?

—Los kikuyus, los wakamba, los massai y las demás tribus.

—¿De qué protestan?

—El negro no tiene oportunidad en el estado actual de cosas, de superar la vida mísera que lleva. El negro es eminentemente agricultor. Kenya tiene poca industria. Pero ocurre que una gran parte del país está afectada por la sequía, y aquellas regiones beneficiadas por la lluvia son repartidas casi exclusivamente entre los colonos anglosajones. No existe justicia en la distribución. Al negro, en general, se le da un pedazo de tierra que, por el clima y otras causas, es insuficiente para poder llevar una existencia decorosa.

—¿Qué otras causas, además del clima?

—Falta de maquinaria adecuada, y precios flojos para las cosechas.

—¿Y el negro de la ciudad?

—El problema para el negro de la ciudad es más pavoroso. En los últimos años muchos negros han huido del campo intentando abrirse camino en las urbes. Entre ellos están la mayoría de los que lucharon como soldados u obreros al lado de Inglaterra durante la última guerra. Hay muy pocos especializados, y no pueden trabajar más que como peones. Los salarios son bajísimos, y el costo de los alimentos es elevado. Los propios patronos admiten que los jornales son miserables, al decir que el rendimiento del negro no justifica un salario mayor…

—Pero reconocerá que si el rendimiento es pobre…

—Eso pertenece a la leyenda. El negro quizá sea débil de espíritu por la naturaleza, pero es tan trabajador como cualquier individuo de otra raza. En todas partes del mundo si un hombre recibe un jornal mísero, forzosamente trabajará con desgana. Más hay otro aspecto de la vida del negro de la ciudad mucho más importante…

—¿Cuál es?

—El de la vivienda.

—Explíquelo.

—Refiriéndonos concretamente a Nairobi, porque es algo que usted mismo podrá comprobar en cualquier momento, faltan diez mil espacios para cama.

—¿A qué llama «espacio para cama»?

—Nosotros llamamos así a la alcoba para una persona. Hoy día cada uno de esos espacios está ocupado por tres individuos. Debe usted tener en cuenta que el «espacio de cama», vuelvo a repetir, no es el piso de ustedes con recibidor, dormitorio, cuarto de baño, comedor y cocina, no; se trata materialmente del lugar que ocupa una cama.

—De acuerdo. Al venir del aeropuerto he visto muchas calles de casas modestas…

—Entre usted en ellas. Horribles cuchitriles sin las más elementales condiciones de higiene, donde viven apiñados sus moradores.

—¿Qué hace al respecto el Gobierno de la colonia?

—En el año mil novecientos cincuenta y uno no se construyó ni una sola casa por el Gobierno. Se limitaron a abrir una lista de peticiones de alojamiento, y durante ese año solamente cincuenta de los peticionarios fueron alojados por vacantes casuales.

—Sin embargo, me dijeron que en Nairobi se proyecta invertir dos millones de libras esterlinas durante los próximos cinco años en la construcción de veinticinco mil viviendas.

—Es un proyecto, usted lo acaba de decir.

—Hasta ahora no ha mencionado nada referente a los derechos políticos; ¿tienen que hacer alguna reivindicación en ese sentido?

—Aspiramos a gobernarnos nosotros mismos.

—¿No considera eso prematuro?

—No, señor. El programa social de reparto de tierras, construcción de viviendas y, en general, elevación del nivel de vida, sería desarrollado por nosotros con más eficiencia que por los imperialistas ingleses.

—Al decir usted «nosotros», ¿se ha referido al Kenya African Union o al
Mau-Mau?

Kyengo acusó el golpe. Le temblaron los labios, y creí que iba a levantarse hecho una furia, pero consiguió dominar los nervios y hasta me sonrió.

—¿Tiene alguna declaración por su cuenta que hacer? —dije, sonriendo también.

—Creo que ha sido bastante, señor periodista. Buenas noches.

Cerré el bloc, guarde la pluma y me levanté.

—Muchas gracias… ah, una última pregunta: ¿En dónde puedo ver a su jefe Jomo Kenyata?

—Me temo que esa visita no la podrá realizar.

—Es el principal objetivo de mi viaje.

—En ese caso, siento que no lo pueda alcanzar.

—No lo sienta mucho. Soy periodista y americano. Dígale a su jefe que espere una visita de Jeff Gooper a partir de este momento.

Me separé de la mesa y miré el reloj. Eran más de las doce y yo estaba muy cansado, así que decidí retirarme. Ya había tenido bastante trabajito aquel día. Debería estar fresco para las próximas jornadas que se avecinaban, porque me daba en la nariz que iban a ser muy movidas.

En el dormitorio hacía un calor terrible, y abrí la ventana de par en par. Me acababa de poner el pijama cuando llegó Steve silbando el bolero: *Me estoy muriendo de amor*.

—¿Seguiste a ese tipo? —le pregunté.

Continuó silbando sin contestar. Quise entrarle por otro sitio.

—He estado charlando con uno de los lugartenientes de Jomo Kenyata. ¿Qué darías por saber las cosas que yo sé?

Steve se despojó de la americana, y la colocó en una silla.

—«Me estoy… muriendo de amor…» —fue lo que cantó una voz infame.

Aquello me hizo cisco. Steve tenía la rara habilidad de sacarme de mis casillas. Apreté los dientes con rabia, mascullando:

—¡Steve Monroe!… ¡Un día me cansaré de ti y te haré papilla!

Me repitió el estribillo del bolero, y siguió silbando acercándose a la ventana. Se quitó la corbata, bajó los tirantes…

De pronto, en la pared que había frente a mí apareció una sombra.

—¡Steve!… ¡Abajo! —grité.

Fueron décimas de segundo. Steve se tiró al suelo de bruces, en el momento en que algo zumbó en el aire hasta producir un pequeño crujido.

La sombra desapareció rápidamente. Me lancé hacia la ventana y con medio cuerpo fuera sólo pude ver la calle desierta y débilmente iluminada.

Me volví. Steve se estaba incorporando. Miré la hoja de la ventana ante la que, segundos antes, se había encontrado mi amigo. Un puñal de acerada punta estaba clavado en la madera.

—¿Me quieres decir de una vez qué significa esto? —pregunté.

—Alguien que desea muera de verdad.

—¿Te das cuenta de que ese cuchillo podía estar entre tus omoplatos?

—En ese sitio está mejor, ¿no te parece? —dijo, señalando la ventana.

No conseguí que me aclarase el misterio que había tras la tentativa de asesinato. Lo que yo no sabía tampoco en aquellos instantes era que mi vida estaba ligada a la de Steve y de que, por ello, la amenaza de muerte se cernía también sobre mi cabeza.

CAPÍTULO V

Cuando me desperté al día siguiente, Steve se había ido. Dejó una nota en la que decía que probablemente tardaría en verle el pelo. Se llevó consigo la máquina fotográfica. Ello quería decir que había salido de Nairobi. ¿Hacia dónde? No quise calentarme la cabeza buscando una contestación y así, después de mi higiene acostumbrada, salí del hotel en dirección a la jefatura de Policía. Como supuse, Thomas Eddy ya se encontraba desempeñando su nuevo cargo. Me recibió atentamente en su despacho, me hizo sentar y me ofreció cigarrillos.

—Me ha cogido usted aquí de milagro, señor Gooper.

—¿Cómo es eso?

—Salgo dentro de dos horas para Naivasha y Kisumu.

—Viaje oficial supongo.

—Exactamente.

—¿Motivo?

Eddy sonrió jovialmente, y dijo:

—¿Es una encuesta?

—Es natural que el mundo desee en estos momentos saber lo que ocurre en Kenya. Yo soy uno de los que ha de informar a un pequeño sector de ese mundo. ¿Qué he de hacer? Preguntar, indagar, investigar…

—No trate de convencerme, señor Gooper. Sé lo que es su profesión, pero he de admitir que hay ciertas cosas que son tabú. Estaré de vuelta en Nairobi dentro de cinco días. Búsqueme entonces, y podré decirle algo interesante…

—¡Cinco días! ¿Qué hago yo entre tanto? Si no envío mi crónica diaria con noticias sustanciosas, el director es capaz de suspenderme de empleo y sueldo. ¿Se da cuenta de lo que le cuesto en dólares diariamente al Mercury de Kansas City?

—Me imagino que son muchos dólares, pero… no sé qué puedo

hacer en su favor…

Eddy paseó por la habitación con la mano en la barbilla. De repente se detuvo, apuntándome con el dedo.

—¡Espere!… ¿Se acuerda de lo que hablamos en Asmara?

—Sí, me sirvió para redactar una de las crónicas que he enviado.

—Pues hay una persona en Nairobi que le podrá dar una información mucho más valiosa a efectos periodísticos que la que puedan ofrecer una docena de policías…

—¿Quién es esa maravilla?

—Es un inglés llamado Abbot, un tipo raro. Lo conocí en Addis Abeba hace cinco años. En aquel tiempo se dedicaba a estudiar las sociedades africanas de magia, con la pretensión de publicar una obra exhaustiva sobre la materia. Me aseguró que no podría terminarla antes de diez años. Naturalmente, el trabajo es ímprobo, pues se puede decir que cada tribu tiene sus ritos y supersticiones características, pero no es ésa la principal causa de que yo sea pesimista respecto a que Abbot termine alguna vez con su obra. Hay otra.

—¿Cuál es?

—La bebida. Abbot, al menos en el tiempo que yo le conocí, era un dipsómano.

—Bien, ha conseguido interesarme. Deme su dirección.

—Se la daré enseguida. Perdóneme unos instantes.

Eddy salió del despacho, y volvió transcurridos unos minutos.

—Vaya al grupo de casas Ziwani. Ernest Abbot vivía hace seis meses en la casa número veinticinco. Es el último dato que tenemos sobre él en nuestros archivos.

—¿Por qué?

—Embriaguez y escándalo público.

Apunté la dirección, y estreché la mano de Eddy dándole las gracias y deseándole un feliz viaje.

Un taxi me dejó en el grupo Ziwani. Eran casas de piedras con tejados color rojo. No tenían mal aspecto, vistas desde fuera. Encendí un cigarrillo mientras echaba una ojeada. Un hombre de estatura regular salió por el gran patio en cuya puerta superior estaba el número veinticinco. El hombre dio un traspié porque debía llevar suelto el tacón de uno de los zapatos. Soltó una maldición y se miró los pies. Pude ver un perfil de ave de presa. No

me entretuve más y entré en el zaguán. Había un viejo negro sentado en una desvencijada mecedora.

—¿Ernest Abbot? —pregunté.

El viejo levantó la cabeza, pero fue un esfuerzo demasiado grande. Empezó a toser y no pudo contestar en un largo minuto. Al fin, me dijo que Abbot se alojaba en la habitación diecisiete.

Subí una escalera con tramos de madera, y después de recorrer un pasillo encontré la puerta diecisiete. Llamé y esperé.

Dentro oí el gemido de un somier, pero inmediatamente volvió el silencio. Llamé más fuerte. El somier se lamentó otra vez. Alguien empezó a andar.

El picaporte giró, y la puerta se abrió unos centímetros, chirriando. En la abertura que se produjo aparecieron dos ojos y las tres cuartas partes de un rostro.

—¿Ernest Abbot? —pregunté.

Los ojos me escudriñaron.

—¿Qué quiere?

—¿Es usted Ernest Abbot? —repetí.

—Sí.

—Yo soy Jeff Gooper, corresponsal de la Prensa americana. Deseo saber algunas cosas, y alguien me dio su dirección.

—¿Quién? —inquirió.

—Un amigo.

Nuevamente me observaron aquellas pupilas febriles. Después del examen la puerta se abrió unos centímetros más, y Abbot dijo:

—Pase.

La vivienda no era más que una habitación. Allí había un camastro, un lavabo con una jofaina, un hornillo de carbón, una pequeña mesa, una máquina portátil «Underwood» con un montón de cuartillas al lado, una silla y un baúl también pequeño. Las paredes estaban ennegrecidas por el humo.

Ernest Abbot tendría unos cuarenta años, era de pelo canoso y en la mejilla derecha guardaba el recuerdo de un navajazo. Me recibió en camiseta, con unos pantalones azules y zapatos negros. La cama estaba desecha, y el olor que despedía la ratonera no era muy agradable.

Abbot se frotó las ventanillas de la nariz, e indicó:

—Puede elegir para sentarse. La silla o el colchón.

Me acorde del somier crujiente y preferí la silla. Él se apoyó en el borde de la mesa.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Creo que usted se ha especializado en cuestiones de magia africana.

—Hoy día, a cualquiera que hable un par de cosas sobre una materia se le llama especialista.

—¿Qué par de cosas conoce usted del Mau-Mau?

Abbot me miró fijamente durante un minuto, y después manifestó:

—El Mau-Mau no es, en esencia, distinto a cualquier otra sociedad negra. Para comprender el aspecto de estos grupos de color hay que tener en cuenta algo muy importante.

—¿Qué es?

—Los pueblos de Europa y Asia han tenido la dicha de vivir en Comunión con Dios, por mediación de sus respectivos profetas, y han recibido leyes divinas reglamentadoras de sus actos, perpetuando en la memoria de las gentes el recuerdo de quien las ha dictado. Los africanos han estado excluidos durante muchos siglos de esta gracia, y por ello les ha faltado la idea fundamental en la creencia de una providencia soberana y de una vida futura. Así, han confiado su suerte a la ventura y al poder de los encantamientos, preocupándose únicamente de los bienes terrenales. ¿Le aburre el preámbulo?

—Lo considero muy interesante. Continúe.

—Esos encantamientos corren a cargo del mago, a quien obedecen ciegamente los reyezuelos. De esa forma el poder del mago es casi ilimitado; cualquiera de sus predicciones, por sobrenatural, fantástica o absurda que parezca, produce efectos más eficaces que un razonamiento fundado. Si se empeña en apartar a un viajero del suelo que pertenece a su tribu, le basta con pronosticar una calamidad, evitable si el tal viajero es expulsado inmediatamente. Los jefes y el pueblo, temiendo la influencia nefasta del que con poner los ojos en la tierra, puede producir tamaños males, se apresuran a arrojar de sus lares al intruso. Por

esa razón ha sido tan difícil al hombre blanco el penetrar en el continente africano. Los magos, velando por sus facultades omnipotentes, se han preocupado de que nadie se las arrebatase.

Abbot hizo una pausa que yo aproveché para sacar el paquete de cigarrillos. Encendimos, y continuó hablando.

—El mago pretende descubrir, empuñando un cuerno de antílope o de vaca relleno de un polvo que él considera mágico, el paradero de objetos perdidos o robados. Se han cometido miles de crímenes en virtud de esta habilidad, al dar con presuntos culpables que han sido sacrificados en la creencia cierta de que eran los delincuentes señalados. Tan convencidos están los indígenas de la fuerza de los encantos, que le compran al mago estacas, piedras y, asómbrese, incluso simple barro, dotados de una gracia especial para cada solicitante. Creen que las voces de ciertos animales salvajes les dará suerte o les librará de peligros. Construyen chozas enanas en los campos de cultivo, y ponen cereales en el interior para que el espíritu maligno les sea propicio y permita que el sembrador recoja el fruto de su trabajo.

—¿Y ha dicho usted que no era un especialista? —le interrumpí.

Abbot se apartó de la mesa, abrió un cajón y sacó una botella de *whisky* que estaba por la mitad. Me la ofreció, mas decliné con la cabeza. La destapó, bebió un buen trago y la volvió a guardar. Se limpió la boca con un sucio pañuelo, y carraspeó antes de seguir.

—Todo esto que le he contado, señor Gooper, no es nada comparado con otras cosas en que la incultura y el paganismo llega a extremos horribles. Por ejemplo, en tiempos de tribulación, si el mago descubre que va a haber una guerra, por el examen de la sangre y los huesos de un gallo que ha abierto vivo para tal fin, abre también las entrañas de un niño y, dejándolo sobre un camino ordena que todos los guerreros pasen por el lugar del sacrificio para que obtengan la victoria.

—Eso es monstruoso.

—No olvide que me estoy refiriendo a cuestiones de magia negra en general. Muchísimas tribus del interior de África que han practicado esas costumbres, hoy están al lado de la civilización. Son una minoría las que aún continúan en la barbarie.

—Y el
Mau-Mau

significa un retroceso a esa barbarie.

Abbot ignoró este último comentario, y continuó:

—Otra de las prácticas más bárbaras es la que se ve cuando un jefe llama al mago para que le diga cuál será el tiempo en que le convendrá comenzar una guerra que ha resuelto llevar al territorio de sus vecinos. El sabio coloca sobre el fuego una gran vasija de barro medio llena de agua, y en la boca de la olla forma una reja de madera sobre la que pone un niño y un pollo. Apoyándola en este enrejado, invierte una olla igual a la primera para que se conserve el vapor de agua. Hecho esto, el mago ve, de vez en cuando, si las víctimas han muerto o viven. Si no mueren, la guerra se declarará, y, en caso contrario, hay que diferirla. Vuelvo a repetirle que la mayoría de estas prácticas están relegadas. Hoy en día los indígenas se contentan con sacrificar a cualquier animal en lugar de un niño, aunque hay tribus que escapan al control de la civilización e incluso las controladas recurren al sacrificio humano, amparándose en clandestinidad.

—Ese aspecto de la clandestinidad nos lleva a la agrupación del Mau-Mau —dije.

Abbot sonrió y preguntó:

—¿Es solamente interés periodístico?

—Nada más. Puro deber informativo. ¿En qué se funda para suponer que puede haber algo más?

Mi interlocutor vaciló unos segundos, los suficientes para que yo llegase a la conclusión de que él sabía algo muy particular referente al Mau-Mau.

—No tiene importancia lo que yo pueda suponer —contestó—. El Mau-Mau es una sociedad secreta más de las muchas que han surgido en África después del establecimiento de los pueblos europeos.

—Hábleme de eso.

—Me referiré a los últimos años únicamente, ya que a sus lectores les parecería pesado que usted les reseñase el sumario o índice de esas sociedades secretas. En la propia región de Kenya surgió, en 1949 y 1950, la Diniya Yesucristu, secta semiprotestante

y semipagana que atentó contra la vida de funcionarios y agentes de policía. Se dice que los residuos de esta agrupación han sido incorporados al
Mau-Mau.
En el mismo 1949 funcionó en el territorio de Uganda la Diniya Msambua, especializada en atacar las misiones religiosas de los blancos. También en época reciente han dado señales de vida, con actos de terrorismo en menor escala de los que ahora se cometen aquí, la agrupación del Matsuanismo, fundada en el África ecuatorial francesa por un empleado negro de Aduanas llamado Jean Matsua, que murió en la cárcel y es venerado por sus discípulos como una divinidad; en el mandato francés del Camerún, la secta de los Icombu; en África occidental inglesa y francesa, los Hombres leopardos, y en el Congo belga el Kibangismo. Estas sociedades son las más importantes.

—¿Conoce algunas de las prácticas del
Mau-Mau?

Otra vez se clavaron los ojos de Abbot en los míos. Lentamente levantó el brazo izquierdo, y miró la estera del reloj pulsera.

—¿Puede usted venir más tarde? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de horas.

—De acuerdo —respondí, levantándome.

Abbot carraspeó. Tuve la impresión de que sabía lo que quería, y me adelanté a su petición. Saqué la cartera y conté hasta veinticinco dólares, que le ofrecí. Los tomó sin pestañear.

—Debe venir preparado —advirtió.

—¿Para qué?

—La información que le puedo dar dentro de dos horas vale mucho más.

Moví la cabeza, asintiendo.

—¿Cuánto? —quise saber.

—Pongamos mil dólares.

—Eso es demasiado dinero.

—Su director pagaría el triple por la información.

—Confío en que los merezca —contesté, dando la conformidad.

Me moví hacia la puerta. De pronto, con la mano en el picaporte, volví la cabeza diciendo:

—Una última pregunta, por ahora.

—Hágala.

—¿Por qué los asesinos del Mau-Mau señalan el cuerpo con siete mutilaciones?

—El siete es un número cabalístico, simbólico, que ha tenido gran trascendencia en todas las religiones —declaró Abbot—. El culto de los siete planetas contando entre ellos el sol y la luna, fue famoso en Oriente. Con él está relacionado la existencia de siete divinidades en cada sistema religioso oriental. Procedente del culto sabeo está la semana, período de siete días. Según los mitos orientales son siete los grados por los que ha pasado el sacrificio religioso: el sacrificio del Hombre divino, sacrificio humano, el del caballo, del novillo, de la cabra, de la oveja y el de los vegetales y semillas. Brahma creó las siete Suargas o esferas estrelladas, iluminadas por los siete Devotos o genios luminosos y las siete Patalas o regiones inferiores. Entre los hebreos, siete fueron los días de la Creación; el año sabático llegaba cada siete años, y durante su transcurso la tierra descansaba; siete fueron los años de escasez profetizados por José al faraón al soñar siete vacas gordas y siete flacas, siete espigas lozanas y siete raquíticas; siete eran los brazos del candelabro de oro que ardía en el Tabernáculo; siete vueltas dio el arca alrededor de la ciudad de Jericó antes de que sus muros se derrumbasen por sí solos, cuando Josué conquistó Palestina; siete años se emplearon en la construcción del templo de Jerusalén; siete leones había en el lago en que fue arrojado Daniel; siete fueron los hermanos Macabeo martirizados en presencia de su madre. En cuanto al cristianismo, siete son los artículos de la Fe con respecto a los atributos de Dios; siete los relativos a la Humanidad de Cristo; siete las peticiones del Padre Nuestro; siete las obras de misericordia corporales y siete las espirituales; siete los pecados capitales y siete las virtudes teologales y cardinales; siete los dones del Espíritu Santo; siete los Sacramentos; siete los dolores de la Virgen; siete los gozos de San José; siete las palabras o frases que habló el Redentor en la Cruz. En lo que se refiere al islamismo, antes de nacer Mahoma, los peregrinos daban siete vueltas alrededor de la Kaaba y subían siete veces a las colinas de Safa y Mezna. Mahoma ascendió a los siete cielos. Cerca del trono de Alá

hay siete círculos; elevación, proximidad, esplendor, grandeza, magnificencia, pureza y unidad. Alá dividió el cielo en siete partes, y el infierno en siete regiones… ¿Quiere que le amplíe más sus conocimientos sobre el número siete, señor Gooper?

Yo estaba anonadado. Abbot había soltado todo aquello como una ametralladora.

—Me basta con lo que me acaba de decir —repuse, mirándole con admiración—. Oiga, dígame, ¿qué es para usted un especialista?

Abbot sonrió.

—Cuando haya terminado mi obra, yo seré un especialista.

—¿Le queda mucho para acabarla?

—Unos tres años de trabajo diario.

Di un silbido y abrí la puerta.

—Hasta dentro de dos horas, señor Abbot —dije.

—No olvide traer el dinero.

—No se preocupe.

Ya en la calle respiré con fruición. Eché a andar buscando una parada de taxis. Tenía necesidad de llegar pronto al hotel para ponerme a escribir una crónica utilizando el material que Abbot me había proporcionado. Conseguí el coche, y en diez minutos me dejó en mi destino.

El holandés se hallaba junto al registro. Me sonrió melosamente y saludó:

—Buenos días, señor Gooper.

—¿Algo nuevo? —pregunté por preguntar.

—Hace una hora llegó el señor Millard.

Un estremecimiento me sacudió la espina dorsal. Me quedé mirando al holandés como si viese a un fantasma.

—Así que… el señor Millard ha llegado… —murmuré, sonriendo estúpidamente.

—Sí, señor.

—¿Está arriba?

—No, señor. Subió al departamento que le teníamos reservado, pero bajó hace unos minutos y salió del hotel.

Moví la cabeza inconscientemente.

—¿Trajo equipaje? —inquirí.

—Dos maletas —repuso el holandés, un poco perplejo.

—Bueno, ya lo veré cuando vuelva.

Entré en mi departamento sumido en un mar de confusiones. Me senté e intenté esclarecer las ideas. Llegué a varias conclusiones. Primera: Arthur Millard había sido asesinado en Asmara, y por lo tanto el Millard que había llegado al Reina Isabel era un impostor. Segunda: quienquiera que fuese el impostor era un hombre con la suficiente sangre fría para correr el riesgo de ser descubierto, en cuyo caso estaría dispuesto a «todo». Tercera: Arthur Millard no era conocido en el hotel Reina Isabel.

La cuarta conclusión se derivó de la existencia en mi departamento de una puerta que comunicaba con el adyacente. Me dirigí al cuarto de baño y, sin dudarlo ni un instante, saqué mi llavero e introduje en la cerradura de la referida puerta una llave maestra. No soy ningún delincuente; soy periodista, como ustedes saben, pero en la vida profesional ciertos instrumentos son indispensables. Yo nunca he abusado de esa llave, les doy mi palabra de honor.

Entré en el cuarto de baño vecino y pasé al dormitorio. Junto a la cama había dos maletas. Me puse de rodillas y en un par de minutos forcé la cerradura de la primera maleta. Contenía tres camisas, un traje y media docena de calcetines. Empecé a trabajar, en la segunda, y ya casi conseguía abrirla cuando oí una voz tras de mí.

—Eso está feo, muchacho.

Me quedé inmóvil porque tuve la sensación de que había un cañón que me apuntaba la espalda.

—Ponte de pie sin rechistar.

Me puse de pie sin respirar.

Me volví y vi una pistola y un hombre. La pistola era de calibre 38, y tenía las cachas de marfil y un ojo negro. El hombre medía uno sesenta y cinco de talla, y tenía la cara marfileña y los ojos azules.

—¿Qué buscabas, muchacho?

Era un americano de Brooklyn y yo era de Atlanta, pero había vivido antes de 1942, en Nueva York. Conocía la jerga de aquellos contornos.

—Me dijeron que en una de estas maletas había una foto de Marilyn Monroe —contesté.

El tipo estaba sonriendo y se le torció la boca.

—Tienes ganas de bromear, ¿eh? A mí también me gustan las chanzas de vez en cuando… —dijo, avanzando hacia mí.

Yo sabía lo que pretendía. Hacerme callar pegándome un culatazo en la boca. Hubiese sido una tontería permitírselo. Así que, cuando llegó a menos de medio metro de mí y levantó el brazo armado, lancé mi puño derecho contra su estómago y tuve la impresión de que se lo sacaba por la espalda. Mi compatriota soltó una interjección y se arrugó. Yo estaba flexionado y me erguí buscando su mandíbula con la cabeza. Un chasquido fenomenal me anunció que la fortuna estaba de mi parte. El pistolero se desplomó, abatido irremisiblemente.

Miré el cuerpo tendido sobre el piso. Empezó a salirle un hilillo de sangre por la comisura de los labios. Debía tener, cuanto menos, tres o cuatro dientes rotos y quizá el maxilar inferior tampoco estaría completo. Transcurriría mucho tiempo antes de que aquel truhan recobrase las cortas luces de su entendimiento.

Acabé de abrir la segunda maleta, mas no obtuve ningún resultado. Estaba llena de prendas de vestir.

Registré al de la pistola y hallé un pasaporte a nombre de Erza Temple, comerciante en granos. Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿Qué entendería Erza Temple por granos? Seguramente los proyectiles del treinta y ocho de su pistola «Luger». Seguí buscando y encontré un billete de ferrocarril para Naivasha, un paquete de cigarrillos, cerillas doscientos veinticinco dólares en billetes y moneda fraccionaria y doce libras esterlinas, chelines y peniques… Le dejé todo en su lugar, y salí del departamento.

Naturalmente, preferí no hacer nada. Las cosas debían seguir su curso. Yo había entrado en unas habitaciones violentando una puerta y no podía alegar que cometí tal desmán investigando la muerte de un hombre ocurrida en Asmara. Me hubiese metido en un lío del que saldría siempre malparado.

En el vestíbulo me tropecé con el holandés, quien sonriente preguntó:

—¿Vio ya al señor Millard? Subió hace unos minutos.

—Sí, termino ahora de exponerle mi punto de vista sobre un asunto en el que estamos interesados…

—Voy a cumplir las órdenes que me ha dado para que le suban enseguida el almuerzo…

—Oh, no… El señor Millard se halla muy cansado. Ya bajará él a comer. Lo he dejado durmiendo y no deben interrumpir su sueño…

El gerente frunció el ceño, pero no esperé a oír su respuesta.

Quince minutos más tarde subía la escalera que conducía a la ratonera de Ernest Abbot. Faltaba más de media hora para que transcurriesen las dos que había fijado, pero yo no tenía culpa de que los acontecimientos se precipitasen de aquella forma.

Llamé a la puerta suavemente y me apreté el nudo de la corbata. No oí ni el lamento del somier ni el ruido de la silla.

Golpeé más fuerte, y transcurrió otro minuto en silencio.

Bajé la cabeza inconscientemente y di un respingo. Por bajo de la puerta salía un riachuelo de sangre. Puse la mano en el picaporte y lo hice girar. No estaba echada la llave.

Ernest Abbot se hallaba sobre el camastro.

Siete fueron los años de escasez profetizados por José al faraón; siete los brazos del candelabro de oro que ardía en el Tabernáculo; siete las vueltas que dio el Arca a les muros de Jericó… y siete eran las mutilaciones horribles del cuerpo de Ernest Abbot.

CAPÍTULO VI

En un rincón había un montón de cuartillas quemadas. Al pretender buscar alguna incólume, se deshicieron en cenizas. Sobre la silla estaba la americana azul marino, pero en ella no encontré nada. El asesino había registrado todo a conciencia. ¿Todo? No sé por qué mis ojos se detuvieron en la almohada. Algo desconocido me indujo a levantarla. Allí había un billete de ferrocarril para Naivasha… Me quedé estupefacto. Thomas Eddy se marchaba dentro de muy pocos minutos a Naivasha y Kisumu, el pistolero Erza Temple tenía un billete para Naivasha y Ernest Abbot había pretendido viajar hasta Naivasha. ¿Qué iba a suceder en Naivasha? ¿Acaso el Parlamento inglés había decidido adelantar la coronación de la reina Isabel y celebrarla en Naivasha, Kenya?

Dirigí una última mirada a los restos de Ernest Abbot y salí de la habitación cerrando la puerta.

Una vez en la calle, eché a correr como si me persiguiesen mil juramentados del
Mau-Mau.
A las doce salía el ferrocarril de Naivasha, y faltaban solamente nueve minutos para el mediodía.

Di una buena propina al taxista que me dejó en la estación, porque corrió tres veces el riesgo de estrellar el coche, y me lancé en busca de la puerta que daba acceso al andén. Me taladraron el billete que había pertenecido a Ernest Abbot en el momento en que una locomotora emitía un prolongado silbido.

Cuando entré en el andén, el tren ya estaba en marcha. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para coger el último vagón, y me quedé en la plataforma un buen rato tratando de respirar todo el oxígeno que contenía el aire de Kenya.

Al fin, el corazón dejó de galopar y decidí entrar en el vagón.

Mentiría si les dijese a ustedes que me sorprendió ver sentado a

Douglas Richter. Ya no me podía sorprender nada. Había descubierto dos cadáveres en menos de tres días, y aquello era un buen entrenamiento para conseguir una cara de palo insensible a la más fuerte emoción.

Mas la presencia de Richter me trajo a la cabeza otra idea. Richter guardaba alguna relación con Madeleine Besnard, la secretaria de John Vickers… así que, si él viajaba en aquel tren, cabía en lo posible que la francesita también lo hiciese, y junto con Madeleine debía haber otros pasajeros. Pasé al vagón siguiente y me entusiasmó mi propio cerebro. Vi la cabellera maravillosa de la maravillosa Jane Vickers. A su lado estaba Gene Autmon, y en el asiento anterior se hallaba el naturalista y su secretaria.

Eché a andar por el pasillo como si fuese distraído, y al llegar a la altura de Jane volví la cabeza y exclamé:

—¡No!… ¿Es posible?

—¡Señor Gooper! —repuso ella, brillándole los ojos.

—¿Cómo ha sido eso? Me dijo que estarían unos días en Nairobi —el padre de Jane me saludó con una sonrisa, y Gene Autmon me enseñó los dientes—. ¿Qué tal están ustedes?

Fue Jane quien contestó por todos.

—Mi padre ha decidido marchar cuanto antes a Kisumu, en vista de las circunstancias… ¿Va usted también allá?

—No tan lejos. Me quedo en Naivasha.

—¿Ha logrado algo sensacional para su periódico? —interrogó ella, medio en broma.

—No se pierda el Mercury de pasado mañana. Marcará una época en la historia del periodismo.

—¡Qué terrible! —exclamó riendo.

Autmon hizo una mueca de desagrado, y preferí retirarme.

—La veré luego, señorita Vickers…

Me despedí de todos y seguí por el pasillo.

Durante media hora me dediqué a fumar y a observar el paisaje.

Cruzamos un terreno llano, árido, cálido, cubierto por matas de hierba seca y pálida, con espinos y matojos. De vez en cuando se veían algunas cabezas de ganado, desmedradas, flacuchas. Era una tierra miserable.

La puerta del vagón se abrió y apareció Jane. Fue encantador contemplar su rostro después de apartar los ojos del desolado

paisaje.

—¿Lo pasa bien, señor Gooper? —preguntó.

—Un poco triste este pedazo de suelo, ¿no le parece?

—Y muy distinto a su tierra de Georgia.

—Sí, muy distinto.

En sus pupilas creí ver reflejada la imagen de los campos cubiertos de algodón.

—¿No le acompaña su fotógrafo?

La pregunta me sobresaltó. Hacía unas cuantas horas que no me había preocupado el paradero de Steve.

—Él se quedó en Nairobi. Por poco tiempo. Quizá me siga mañana.

—Se ve que se aprecian ustedes.

—Muchísimo.

—Es una suerte tener un compañero que se identifica con uno, ¿verdad?

—Bueno, yo preferiría… una compañera.

Vi sonrojarse a Jane Vickers por vez primera, y puedo asegurarles que me acabó de enloquecer.

Guardamos silencio durante un par de minutos. Ya no sabía cómo reanudar la conversación.

Ahora el ferrocarril atravesaba una zona ligeramente montañosa. El color pardusco de la tierra se había tornado grisáceo. Los espinos habían sido sustituidos por unos árboles de corteza amarilla.

—¿Qué clase de árbol es ése? —pregunté a Jane para que hablase de nuevo—. No los he visto en mi vida.

La joven se acercó más a mí. Mientras ella contemplaba el objeto de mi consulta, yo admiraba las facciones de su rostro.

—Los indígenas les llaman mbuga —contestó—. Estos árboles tienen la particularidad de que sus hojas parecen plumas, y por ello son utilizadas para hacer colchones…

—Es una suerte tener un padre que es profesor de Historia Natural.

—Es una suerte tener un padre como el mío…

Jane pareció ensimismarse conforme iba hablando.

—Mi madre murió al nacer yo. Papá se encontraba sin empleo. Tuvo que ganarse la vida haciendo cosas que no guardaban ninguna relación con su carrera. Hasta que no cumplí los ocho años no llamó

la fortuna a nuestra puerta. Entonces fue cuando papá ganó un premio del colegio de Faix por el mejor trabajo sobre la flora del sudeste de Inglaterra… Cambiaron las cosas y… bueno, no sé por qué le hablo de todo esto…

—Quizá porque haya visto en mí a un buen amigo…

Jane sonrió, y a mí se me cayó el cigarrillo de entre los dedos.

La tierra fue adquiriendo un tono rojo oscuro.

—Ya estamos en una de las zonas de los kikuyus —dijo Jane.

Empezaron a verse racimos de cabañas hechas con hierbas y barro. Gran número de indígenas salían a contemplar el paso del tren. Había muchas mujeres con vestiduras amarillas.

—¿Por qué son casi todas del mismo color? —pregunté.

—El amarillo es el color preferido de las mujeres kikuyus. Ese amarillo lo consiguen tiñendo sus telas con la gomorresina del gutagamba.

—¿Gutagamba? ¿Qué es eso?

—Otro árbol de cuyo tronco fluye esa sustancia. Existe también en la India.

—Es usted un portento, Jane… ¿me permite llamarla así?

No me respondió, pero su mirada equivalió a una afirmación.

Fueron aumentando los árboles, y pronto nos encontramos rodeados por una auténtica selva.

Recordé que tenía que hacer unas cuantas preguntas.

—Jane, ¿me podría explicar algunas cosas que deseo conocer?

—¿Sobre qué?

—Sobre la secretaria de su padre.

—¿Qué desea saber de ella?

—Todos los datos que pueda suministrarme.

—Pues aparte de que mi padre la tomó a su servicio merced a un anuncio que publicó en un diario de París, sé poca cosa… A papá le interesaba que fuese una chica eficiente, y lo es.

—¿La aceptó sin exigirle referencias?

—Las referencias que exigía mi padre se concretaban a que tuviese un título universitario, a ser posible el de Ciencias Naturales, y a que supiese taquimecanografía… Madeleine cumplía todos esos requisitos…

—¿Tiene familia?

—Al presentarse, dijo que carecía de ella.

—¿Y novio?

—Tampoco. ¿Alguna cosa más, señor Gooper?

La pregunta de Jane fue seca. Me quedé mirándola perplejo, y más asombro me produjo el verla dar la vuelta y entrar en el vagón. Hubiera saltado de alegría. ¡Jane había creído que Madeleine me interesaba personalmente, y se había enfadado por ello!

Fumé un par de cigarrillos en plena gloria. Yo era un tipo de suerte. ¿Qué más podía pedir?

Me enviaron algo sin pedirlo. Algo que no necesitaba. Una bala que siguió a un estampido procedente de la floresta. El proyectil emitió su silbido de muerte, me rozó el cabello y fue a salir por el otro lado de la plataforma. Yo era un buen blanco en la posición que ocupaba, y no estaba conforme con que me utilizase quienquiera que fuese el tirador, para comprobar su puntería. Me tiré al suelo, y el cigarrillo se aplastó contra mi boca quemándome la epidermis. En el instante en que escupía dispararon de nuevo, pero me di cuenta de que las balas iban esta vez dirigidas a otro punto. El tren había disminuido la velocidad y ello empeoraba la situación. Di un salto y entré en el vagón. Allí cundía el desconcierto. Unos cuantos indígenas pretendían escapar al peligro tirándose por las ventanillas. John Vickers les conminaba a que se arrojasen al suelo. Jane estaba acurrucada junto a su asiento. En la parte delantera, Madeleine Besnard mostraba unas piernas de campeonato. Gene Autmon esgrimía en su mano derecha una pistola, y asomaba la cabeza por la ventanilla buscando al invisible agresor.

Avancé a gatas por el pasillo. Madeleine hizo un movimiento con el cuerpo y tropezó conmigo. Volvió hacia mí sus ojos y la vi asustada.

—No se preocupe —le dije—. Estos kikuyus son muy aficionados a los fuegos artificiales.

Pretendió sonreír, pero lo consiguió a medias.

De pronto el tren frenó bruscamente. Las ruedas chirriaron sobre las vías y los vagones entrechocaron con rudeza. Hubo un caos de cuerpos despedidos golpeándose contra los asientos, entremezclados con alaridos de mujeres y gritos de hombres. Madeleine cayó sobre mí y no pude mantener el equilibrio. Mi cabeza fue a estrellarse contra una esquina del asiento cercano. Creí que iba a perder el

conocimiento. Mas el perfume de la francesa fue un buen frasquito de sales. Mi boca rozó su cutis blanco y estuve a punto de exclamar: *¡Vive La France!* No lo hice porque mis ojos encontraron algo muy curioso. El bolso que debía pertenecer a Madeleine estaba abierto, en el suelo, y entre un pañuelo veía las cachas de una pistola muy mona. Con mucha discreción, al tiempo que la francesa se apartaba de mí, introduje la mano en el bolso, me apoderé del arma y la guardé en la americana.

—Oh, perdone —se disculpó Madeleine, quitándose el cabello de la cara.

Yo le sonreí diciéndole que no tenía importancia.

El tiroteo cesó bruscamente, pero el tren no arrancó, Me puse en pie y seguí por el pasillo. Jane me miró con el ceño fruncido desde su refugio. Comprendí que había sido testigo de mi *tête-â-tête* con la francesa.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Movió la cabeza en sentido afirmativo como una chiquilla de mal genio.

Pasé al vagón siguiente y no vi a Douglas Richter. Lo busqué por todos lados infructuosamente. O había pasado a otro compartimiento o había abandonado el convoy.

Un policía indígena subió rogando a los viajeros no perdiesen la calma. Cuando se aproximó a mí, le pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

—Una partida rebelde ha atacado el tren… Pusieron una roca en la vía y hemos tenido que detenernos. Ahora la están despejando…

—¿Ha habido alguna baja?

—Ninguna. Algunos pasajeros se han herido levemente al frenar la locomotora…

Le di las gracias por su informe, y me encaminé lentamente al otro vagón. Mi cerebro, en cambio, trabajaba aprisa. ¿Qué significaba aquel ataque al convoy? Los agresores se habían limitado a detenerlo y a hacer unos disparos para huir inmediatamente. No resultaba lógico. Se me había hablado de los Mau-Mau como unos juramentados que se lanzaban a la lucha sin pensar en que podían encontrar en ella la muerte. ¿Qué habían conseguido al detener el ferrocarril?

Retrocedí hasta estar cerca del policía y le pregunté:

—¿A qué distancia estamos de Naivasha?

—A unas quince millas.

—¿Y cuál es la localidad más próxima al lugar donde ahora nos encontramos?

—Hay una aldea a mitad de camino de Naivasha.

—¿Cómo se llama?

—Kipango.

—Gracias.

Aquél era el último vagón del tren, y me quedé en la plataforma posterior. Unos minutos más tarde la locomotora lanzó varios silbidos, anunciando la reanudación del viaje, y en cuanto se puso en movimiento me descolgué a tierra y me aparté de la vía.

El convoy se fue alejando de mí hasta que desapareció en una curva lejana.

Observé la selva ominosa, allí desde donde nos habían disparado, y me fui recto a ella. Afortunadamente no era tan tupida como parecía. Estaba formada en su mayor parte por plantas de ramas tiernas, y no era dificultoso el abrirse paso. Me detuve unos minutos rastreando el terreno, hasta que descubrí unas ramas tronchadas recientemente. La savia blanca brotaba de las heridas, cayendo al suelo gota a gota. Mi avance se hizo más lento al seguir la pista.

El sol se fue poniendo y empezaron a caer las sombras sobre la floresta. No había contado con ello. En cuanto desapareciese la luz me encontraría en un terreno desconocido y sin rumbo fijo que seguir. Eché pestes de mi inteligencia al maquinar aquel plan que ya se me antojaba absurdo.

Varias veces perdí la pista de las ramas tronchadas, y otras tantas las recuperé, más al fin me venció la oscuridad y me quedé inmóvil. Dos horas habían transcurrido desde que bajé del tren, y calculé que no habría caminado más de seis kilómetros.

Me senté en el suelo y fumé mientras cavilaba en lo que debería hacer. ¿Quedarme allí hasta que amaneciese para reanudar la investigación? ¿Continuar a la ventura?

Elegí la primera solución. Después de tirar el cigarrillo cerré los ojos y quedé dormido.

Me despertó un eco lejano que me sobrecogió. Se diría que era el

lamento de mil almas en pena. Agucé el oído por si acaso era una ilusión de mi mente, pero nuevamente percibí el extraño sonido.

—Uh… Uuuh… Uuuuuuuh…

Cada vez se aproximaba más. De repente, percibí un resplandor entre el ramaje. Me agazapé y saqué la pistola que había sustraído a Madeleine. El corazón pareció aumentar el ritmo de sus latidos.

Minutos más tarde contemplé un espectáculo estremecedor. Frente a mi pasaban unos treinta negros distribuidos en dos hileras distantes entre sí unos tres metros. Iban completamente desnudos, llevando en la mano pequeñas antorchas de sebo. Ellos eran quienes entonaban aquella salmodia monorítmica. A continuación de los cantores iban otros tres hombres, pero éstos no iban desnudos. Se cubrían con unos mantos, de color rojo, hasta los tobillos y el rostro lo escondían tras una máscara monstruosa.

Dejé pasar a la extraña comitiva, y empecé a moverme paralelamente en la misma dirección que ellos seguían. Merced a la luz de las antorchas pude ver la hora que marcaban las saetas de mi reloj. Eran las once y media.

El séquito se detuvo en un claro de la selva y pude ver que en el centro se alzaba un arco de ramas de plátano. Los desnudos negros formaron en círculo, y los tres individuos que parecían ser los personajes más importantes, pasaron al centro. Uno de ellos dio una palmada, y cesó el canturreo. A continuación todos se sentaron, y entonces fue cuando uno de los mantos rojos se abrió un segundo y dejó al descubierto unas piernas de color blanco como el mío.

CAPÍTULO VII

El hombre que estaba a la derecha del blanco empezó a discursear en el dialecto kikuyu. El tono de su voz tan pronto era débil como iba aumentando gradualmente hasta convertirse en un destemplado cacareo. Debía decir algo muy importante, porque su auditorio guardaba absoluto silencio. Por fin terminó y entonces, los tres individuos del centro se levantaron, poniéndose a un lado. El que dirigía el coro dio una nueva palmada, y los treinta indígenas desnudos se pusieron en pie y arrojaron simultáneamente las antorchas de sebo a unos metros del arco de plátanos.

El que había hablado echó a andar hacia el lugar opuesto al que yo me encontraba y no tardó en volver con las manos ocupadas. En la izquierda llevaba una lanza y con la derecha sostenía una cuerda cuyo otro extremo se anudaba al cuello de un macho cabrío.

De nuevo comenzó la cantinela del «uuh… uuh…».

El que ya había reconocido como individuo perteneciente a mi raza sacó un cuchillo bajo su manto, y se acercó al animal que fue sujetado por el que le había traído. La res debió imaginarse algo de lo que le preparaban porque intentó desasirse, protestando con toda la fuerza de su garganta.

Tres veces se hundió el cuchillo en el cuello del macho, y la sangre que fluyó a borbotones fue recogida en un recipiente por el tercer miembro importante de la comitiva. A continuación, el matarife abrió el pecho del animal y extrajo su corazón, mientras que el que tenía la lanza la pasaba por los ojos.

El «uuh… uuh…» fue aumentando en sonoridad.

El enmascarado del recipiente se puso de rodillas colocándolo en el suelo, hundió la mano en la tierra y arrojó un puñado de ella sobre la sangre. Se incorporó de nuevo, dando pequeños saltos como si fuese víctima de un ataque epiléptico.

El matarife blanco dijo:

—¡Kiwa! ¡Kiwa!

Tres de los indígenas desnudos se adelantaron hasta que estuvieron bajo el arco de ramas de plátano.

El brujo que había sostenido el macho cabrío empezó a dar vueltas alrededor del árbol. Cuando dio fin a la séptima, hizo una señal a los tres negros que lo miraban y éstos dieron otras siete vueltas.

Después vino lo más inaudito.

El mago que tenía la vasija conteniendo la horrible mezcla de sangre y tierra se acercó a los neófitos y, uno a uno, se la fue ofreciendo para que bebiesen. Siete tragos bien espaciados tomaron y, al terminar, se unieron al canturreo general de «uuh… uuh…».

El brujo blanco, cuya máscara era la cabeza de un dragón, se aproximó a los negros que se trataban de incorporar al rito, y les entregó unas largas espinas.

Nuevamente se hizo el silencio cuando el primero de los nuevos Mau-Mau
se acercó al cadáver del macho cabrío, seguido por los tres sumos sacerdotes.

El desnudo negro tocó uno de los ojos del animal con la espina, y entonces el mago blanco pronunció unas palabras que fueron contestadas por aquél al tiempo que hundía la espina en el ojo. Por siete veces tuvo lugar esta operación, terminada la cual el nuevo juramentado se retiró a la hilera formada por los veteranos. La ceremonia se repitió con los otros dos neófitos.

Aun cuando en aquel momento desconocía el significado de las palabras pronunciadas por los tres indígenas, las voy a insertar aquí por una razón de oportunidad, con la advertencia de que su traducción me fue facilitada por el Gobierno de Kenya.

Cada uno de los siete juramentos que se insertan a continuación son las contestaciones del neófito al oficiante, mientras clava la espina en el ojo de la res muerta.

- «1.° Si vendo este país por dinero a los europeos o a los indios, sea devorado y muerto por este juramento.
- »2.° Si vendo la nación de los negros a los extraños, si vendo un hombre negro, sea devorado y muerto por este juramento.
- »3.° Si no abandono la doctrina cristiana y las teorías de

cuántos afirman que esta tierra no es de los negros, sea muerto por este juramento.

- »4.° Si daño o perjudico las escuelas de los negros, sea comido por este juramento.
- »5.° Si me niego a pagar sesenta y cinco chelines a esta sociedad, sea devorado por este juramento.
- »6.° Si me niego a ayudar a cualquier otro negro kikuya que esté en peligro y en malas condiciones, sea devorado por este juramento.
- »7.° Si soy llamado de noche por los miembros de esta asociación y me niego a responder y a cumplir cuánto me impongan, sea muerto por este juramento».

Cuando el último de los Mau-Mau terminó de jurar, los magos hicieron un hoyo en la tierra, y en él cobijaron los restos del macho cabrío. Cada negro recuperó su antorcha, e inmediatamente se pusieron en movimiento retrocediendo por el camino que habían venido.

Llevaba cerca de una hora con los músculos en tensión y los relajé, percibiendo por primera vez el contacto de mi rostro con la hierba humedecida por el rocío. Había sido testigo de algo que a pocos hombres sería posible presenciar. ¿Conocería Ernest Abbot los secretos de aquel ceremonial monstruoso? ¿Qué era si no, lo que sabía del Mau-Mau y que había provocado su muerte? ¿Qué relación guardaba Arthur Millard con los conjurados? ¿Quién era en realidad Douglas Richter? ¿Qué papel correspondía en el drama a Madeleine Besnard? Y sobre todo, ¿quién era el hombre blanco que había actuado en aquel rito de pesadilla? Esta última pregunta fue la que me decidió a seguir a la comitiva. En algún punto de la selva se detendrían, y entonces podría ver el rostro que se escondía tras la máscara del dragón. Conseguido ese objeto estaría a dos pasos de desentrañar el endiablado jeroglífico.

No quise correr ningún riesgo inútil, y me mantuve a distancia. Por aquella parte de la selva había plantas espinosas que me rasgaron el traje. Caminaba agachado, con los brazos extendidos

para abrirme paso entre la vegetación, pero estaba muy lejos de las antorchas y tropecé muchas veces, arañándome la cara. Sentí que resbalaban por mis mejillas gotas de sangre, y los rasguños de las piernas comenzaban a escocer recalcitrantemente.

Durante más de treinta minutos seguí la penosa carrera en pos de los conjurados. Me encontraba agotado y a punto de darme por vencido y de abandonar la persecución, cuando vi con alegría que las antorchas se detenían. Me acerqué a ellas sigilosamente cuanto pude.

Uno de los magos negros estaba hablando al rebaño. Detrás del grupo se levantaban dos chozas, y junto a la puerta de la situada a la derecha estaban los otros brujos.

El grupo de los Mau-Mau desnudos se dispersó, solamente quedaron dos de ellos acompañando a los tres ministros del ceremonial. Apagaron las antorchas, y sólo alumbró la luna.

El que me interesaba a mí era el blanco, y a él prestaba la mayor atención. Entró en la primera choza seguido por sus compañeros, y al cabo de un rato salieron tres conjurados y pasaron a la segunda choza.

Transcurrieron otros quince minutos de angustiosa espera. Sentía deseos de incorporarme y avanzar pistola en mano, hacia la chabola. Tenía que soportar el dolor que me producían las heridas, y carecía del consuelo que proporciona el cigarrillo.

De pronto, sobrevino lo imprevisto. Por la puerta que yo vigilaba salió un perro desperezándose. Contuve la respiración ante la inminencia del peligro, y apreté la culata de la pistola.

El perro se movió lentamente con la cabeza gacha. Estaba aún adormilado. Se detuvo y se rascó la paletilla derecha, para lo cual dobló el cuello con la nariz en la dirección que yo estaba. Repentinamente dejó de rascarse, y levantó las orejas. Tragué saliva y me preparé a saltar.

El can dio un ladrido moviéndose hacia mí. Se detuvo otra vez gruñendo mientras escarbaba la tierra con las patas delanteras. Oí voces procedentes del interior de la choza. ¡Estaba descubierto!… ¡Sí… pero ahora saldría el hombre blanco y sabría quién era!

Tres negros aparecieron por la puerta de la choza de la

izquierda. Uno de ellos llevaba un collar del que pendía un pequeño cuerno. Debía ser uno de los brujos. Su mano derecha esgrimía un rifle.

—¡«Kiwa»!… ¡«Kiwa»!… —dijo una voz que reconocí como la del blanco.

Éste salió de la otra choza, más había subestimado su astucia. Seguía cubriendo su rostro con la máscara, aun cuando el manto rojo dejaba al descubierto un gran trozo de sus pantalones cuyo color, para colmo de desgracia, no podía descubrir a la escasa luz de la luna.

—¡«Kiwa»!… ¡«Kiwa»!… —gritó de nuevo.

El perro levantó la cabeza con la boca abierta, enseñando los agudos colmillos. Tenía el pelo erizado, y sus ojos fosforescentes eran dos puntos que atraían mi mirada.

Lo vi todo perdido. ¿Cuál era si no, mi destino en aquella tierra desconocida, a unos metros de los furibundos juramentados, sedientos de sangre?

¡Huir! ¡Huir! ¡Intentar escapar de las garras que pretendían caer sobre mí!

El perro me ayudó a tomar una decisión. Dio un tremendo salto, lanzándose hacia el lugar donde yo me escondía. Lo dejé avanzar hasta que su hocico estuvo a menos de tres metros, y disparé.

El animal dio un aullido, separó las cuatro patas del suelo y se retorció en el aire, cayendo sobre la hierba, tan cerca de mí por la fuerza de su impulso, que oí su último estertor.

El mago blanco sacó una pistola, pero le llevó demasiado tiempo realizarlo. Antes de que pudiera apuntar, había apretado yo de nuevo el gatillo. Sonó otro estampido, y mi desconocido enemigo soltó una maldición al tiempo que dejaba caer su arma. Lo había tocado en el brazo derecho.

El brujo del collar estaba demasiado asombrado por lo que sucedía para poder utilizar eficientemente su rifle. Los dos negros desnudos se hallaban a punto de postrarse de rodillas para rendir culto al extraño ser que había humillado a uno de sus terribles magos, probablemente el más poderoso. Me incorporé y me lancé como impulsado por un poderoso resorte en la dirección de Naivasha.

—¡«Kiwa»!… ¡«Kiwa»!… —Oí que gritaba, con voz iracunda, el

blanco.

Corrí sin preocuparme de mirar dónde pisaba. Mi avance debía ser muy parecido al de un canguro australiano. Tenía que efectuar grandes saltos para evitar que mis pies se enredasen en las numerosas plantas que se interponían en mi camino.

La situación que yo había creado no era muy halagüeña para mi porvenir inmediato. El ruido de los disparos atraería muy pronto a aquellos lugares a docenas de juramentados
Mau-Mau,
que tratarían por todos los medios de que yo no lograse escapar.

A los diez minutos de carrera me detuve para respirar con tranquilidad y escuchar los sonidos producidos por mis perseguidores. Ni uno solo llegó a mis oídos que no fuese el de algunos gorjeos de las pocas aves que había por los contornos. No, no me gustó aquel silencio. Sentí que la aparente calma era indicio del inminente peligro. Ellos conocían la selva, sus atajos, sus vericuetos y sus escondrijos. Era cuestión de minutos que yo cayese en sus manos.

¿Qué dirían de mí en Kansas City cuando viesen la fotografía de mi cuerpo con las siete mutilaciones del
Mau-Mau?
Barry Cunigam, el director del Mercury, daría un suspiro ante la plantilla de redactores y diría: «¡Qué buen chico ha sido este Jeff Gooper! Hombres como él son los que necesita el país». Eso es lo que diría Barry delante de Peter, Makiavich, Bob Blanding y los demás muchachos, porque, en cuanto se quedase solo, comunicada con la sala de máquinas y ordenaría: «Pongan la foto del cadáver de Jeff en primera página, con titulares tan gruesos como los de la declaración de guerra a Alemania, y tiren hoy cien mil ejemplares más», y después pegaría fuego a un habano de a dólar.

El ruido producido por alguien abriéndose paso entre las plantas, fue suficiente para que mandase al diablo al Mercury y a su director.

Me agazapé cuidadosamente, e hice un esfuerzo por contener la respiración. Seguí oyendo el leve crujido de las altas hierbas. Mis ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, distinguieron un bulto negro que se movía reptando, y si continuaba avanzando en línea recta llegaría a enfrentarse conmigo. No podía hacer otra cosa que

esperar.

Al cabo de un minuto el bulto se hallaba a unos cuatro metros de mí. Entonces, se retiró hacia la derecha. Transcurrieron ciento veinte segundos más, y lo tuve al alcance con sólo dar un salto. Debía quitarlo de en medio con el mayor silencio si deseaba que la selva no escupiese sobre mí a los innumerables juramentados que me perseguían.

Súbitamente, aquella masa oscura hizo un movimiento brusco, y vi dos ojos brillantes que me miraban. No vacilé. Di un salto, al tiempo que mi brazo armado caía sobre la cabeza del bulto a una velocidad de quince kilómetros por segundo, con una potencia de doscientos veinte kilogramos. Era demasiada rapidez y demasiado peso para que mi víctima pudiera salir indemne. Sonó un chasquido, y un cuerpo se desplomó suavemente, tan sólo acompañado por el
tric-trac
de algunos tallos que se quebraron.

Escuché atentamente, dispuesto a repeler otros posibles ataques, pero nada vino a turbar el silencio.

Continué la marcha con redoblados bríos. Por primera vez entreví una posibilidad de salvarme. ¿A qué distancia estaría de Kipango? Todo consistía en que me hallase cerca del poblado y de que amaneciese pronto.

Los fanáticos del
Mau-Mau
abandonarían la persecución por temor a vérselas con la policía.

Mis pantalones estaban hechos unos zorros, y la americana sólo podría ser utilizada para vestir a un espantapájaros.

Avancé doscientos metros en un tiempo no superior al que hubiese invertido una tortuga.

De repente, una voz gritó:

—¡Jeff Gooper…! ¿Me oye…? ¡Jeff Gooper!

Mi cuerpo se convirtió en una masa de hielo.

Me detuve una vez más con la pérdida momentánea de mi sensibilidad.

—¡Jeff Gooper…!, ¿me escucha? —repitieron.

Tardé un largo minuto en vencer la parálisis que me producía el terror. Yo no conocía aquella voz. Pertenecía a alguien que hablaba

perfectamente el inglés, mas me di cuenta de que era una voz enmascarada, ficticia. Procedía del sur, a un centenar de metros de donde yo me encontraba.

—¿Me oye, Gooper…? ¡No logrará escapar…! ¡Si pretende hacerlo, le mataremos tarde o temprano…! ¡Está rodeado…! ¡No puede salir de la selva…! ¡Nadie puede ayudarle…! ¿Me oye, Gooper?

Claro que lo oía, y lo que yo deseaba era localizar al que me daba tan alegres noticias para descerrajarle un tiro entre ceja y ceja. Me contentaba con llevármelo por delante.

—¡Jeff Gooper…! ¡Le doy una oportunidad…! ¿Me escucha…?

¿Me creía tan tonto como para decirle que sí? Aquel hombre era un asesino muy ingenuo.

—¡Entréguese y respetaremos su vida…! ¡Sólo tendrá que darme su palabra de que guardará silencio, y de que saldrá de Kenya inmediatamente!

Ni yo pensaba dar mi palabra de guardar silencio, ni él estaba dispuesto a mantener la suya de dejarme ir. Era una trampa infantil en la que sólo podía caer un hombre cobarde. Y yo no lo era, aunque he de confesar que sentía un pánico respetable.

De todas formas, mi situación era bastante comprometida. No podía hacer el más leve movimiento, so pena he ofrecerle una oportunidad para localizarme porque ahora me hallaba en un paraje donde abundaban las hierbas secas. Los músculos se me iban agarrotando por momentos. Tenía la sensación de que estaba atado de pies y manos, y hasta en la garganta se me hizo un nudo que completó la impotencia imaginada. ¡Si al menos hubiese podido fumar un cigarrillo…! El corazón me dio un vuelco. Fumar un cigarrillo, encender un cigarrillo, encender… ¡encender…! El verbo me martilleó en el cerebro hasta ponerlo al rojo vivo.

Saqué la caja de fósforos, extraje uno, y sin soltar la pistola acerqué su cabeza al papel de lija. Lo encendí y dejé caer, saliendo de estampía hacia el norte.

Las voces que prorrumpieron detrás de mí y la repentina iluminación de la selva me anunciaron que la primera parte del rápido plan concebido había tenido éxito.

Me detuve un segundo para mirar hacia atrás. La hierba seca que rodeaba el lugar donde había estado oculto, ardía como la

yesca, y el fuego se extendía rápidamente. A través de las llamas vi los cuerpos de varios hombres. Apunté y disparé tres veces. Uno de los desnudos negros que había saltado sobre las ígneas lenguas se contorsionó en el aire y cayó en la hoguera lanzando terribles alaridos. Encendí otra cerilla y la arrojé a mis pies, reanudando la huida en el instante en que disparaban sobre mí. Lo hicieron precipitadamente, sin tenerme bajo el punto de mira, y los proyectiles silbaron a muchos centímetros por encima de mi cabeza, yéndose a perder en la espesura.

De haber contendido conmigo un gamo, lo hubiese dejado atrás. Pero eso fue solo en los primeros cincuenta metros después de haber encendido la segunda hoguera. Tropecé con un pequeño tronco, y caí a tierra botando como una pelota. Milagrosamente me incorporé en el instante en que un loco juramentado surgía a mi lado, con la pretensión de hundirme en el corazón el largo cuchillo que esgrimía. Disparé a boca de jarro sobre su vientre, y el negro hizo una mueca repulsiva antes de caer para no levantarse más. Salté sobre el cadáver, y huí como un esquizofrénico.



Disparé a bocajarro sobre su cintura...

¿Cuánto tiempo estuve corriendo? No lo sé. Me embargó la sensación de que llevaba años, muchos años, corriendo. De que no había hecho otra cosa en mi vida. De que había atravesado así todo el continente africano, y de que continuaría corriendo sobre las olas, una vez llegase al mar, sin hundirme, hasta poner el pie en mi

América. Millones de compatriotas me darían la bienvenida en Nueva York, y yo recorrería a paso de marcha Times Square, entre las fanfarrias de las bandas de música y las nubes de confeti, igual que un general vencedor. Y seguiría corriendo, cruzando Estados, hasta entrar a toda velocidad en Kansas City, donde me esperaría el alcalde, el director del Mercury y la población en masa con un letrero muy grande: «Kansas City a su hijo bien amado Jeff Gooper». Me harían señas para que me detuviese y yo no podría hacerlo, aun deseándolo. Una fuerza desconocida, superior a mi voluntad, me arrastraría hacia delante, hacia delante… Siempre corriendo… siempre hacia delante.

CAPÍTULO VIII

Entré en Naivasha cuando ya había anochecido. Hice el viaje desde Kipango en un «*jeep*» de la policía acompañado por Shiwell, que era quien conducía. Me había dicho que, aunque se preocupó de que la noticia de mi muerte corriese por todo Naivasha, no había tenido oportunidad de conocer la sensación que ella causaba. Por él me enteré también de que John Vickers, su hija, Autmon y Madeleine se hospedaban en el hotel Kenya. Le pregunté por Steve Monroe indicándole sus señas personales, pero no supo decirme nada sobre él. Bajé del «*jeep*» en las afueras de la población y me despedí de Shiwell, prometiéndole las primicias de lo que obtuviese en la ejecución de lo que llevaba en proyecto. Me dio la dirección de la jefatura de policía y un plano de Naivasha.

En cuanto me vi solo, me interné por una calle estrecha y mal empedrada, buscando el centro de la ciudad.

Acababa de leer el letrero luminoso del hotel Kenya desde la acera de enfrente, cuando vi a Erza Temple salir por la puerta. Me pegué a la pared y doblé la cabeza para no ser reconocido. El pistolero llevaba mucha prisa y se dirigió hacia el sur. Aquélla era una pista buena, y decidí seguirla, aunque cambiase algo mi propósito. Tuve que apretar el paso, ya que Temple contaba con unas largas y dinámicas piernas.

Dejamos atrás las calles concurridas y anduvimos por otras de feo aspecto, lugares oscuros aptos para el asalto y la puñalada. Me vi en la necesidad de ceder terreno, ya que el pobre adoquinado recogía el sonido de los pasos transformándolos en restallidos.

Temple desapareció por una puerta, y esperé un largo rato antes de acercarme a ella. Cuando lo hice, me encontré ante un muro de cerca de dos metros de altura. Había una puerta de madera que era por la que el pistolero había entrado. Pasé de largo, y unos cuantos metros más abajo encontré un árbol cuyas ramas se internaban en el

espacio más allá del muro. Quería ver lo que había dentro y, después de cerciorarme de que continuaba sólo en la calle, trepé al árbol.

Contemplé un trozo de tierra cubierto por arbustos rodeando una casa en la que había una ventana con luz. Tuve la corazonada de que allí vería cosas más interesantes que en el hotel Kenya, y me descolgué por una rama gruesa hasta caer dentro del recinto. Esperé unos minutos inmóvil, hasta comprobar que todo seguía en paz.

Me fui aproximando a la casa agazapado y con la mano derecha acariciando la pistola que tenía en el bolsillo.

Pisé algo que parecía un pedazo de tela, y lo cogí. Un ramalazo de estupor me anegó el cerebro. Lo que tenía en la mano era un trozo de la camisa de Steve Monroe, la camisa gris perla que le había visto en el Europeo la última vez que estuvimos juntos. Pero ahora, junto al gris perla había otro color. El rojo de la sangre.

Guardé la tela, y continué avanzando hacia la ventana iluminada que se hallaba abierta. Cuando me separaban de ella unos cinco metros, me tendí en el suelo y los recorrí arrastrándome.

Oí la voz de un hombre que preguntaba:

—¿Qué ha dicho el jefe?

—Que está bien —repuso Temple.

—¿Lo hacemos ahora?

—Dentro de un rato. Es demasiado temprano.

—¿Adónde hay que llevarlo?

—A la parte trasera de la comisaría de policía.

—Me parece temerario.

—El jefe sabe lo que se hace.

—Bien, él paga.

Hubo unos segundos de silencio. No reconocí la voz del individuo que hablaba con Temple.

—¿Hacemos una partidita? —preguntó de nuevo.

—De acuerdo —asintió Temple.

—¿Qué dices tú, Blade?

—Bueno —contestó una nueva voz.

Oí ruido de sillas al ser acercadas a la mesa sobre la que se proponían jugar.

Pensé en la forma de entrar en la casa. No podía irrumpir por la ventana, porque me exponía a que hubiese otro personaje o a que

los tres que había oído hablar me replicasen con sus pistolas. La ventana estaba alta, y si les amenazaba desde allí me quedaría en una posición absurda, ya que, si intentaba saltar al interior, tenían tiempo de coserme a balazos, y si me quedaba inmóvil, apuntándoles, llegarían los días de mi vejez antes que un refuerzo que yo no había llamado.

Alguien barajó los naipes.

—¿Qué os parece cien dólares como primer resto? —preguntó Temple.

—Bien —contestaron a un tiempo los otros dos.

Sortearon quién daba, y le tocó a Blade. Temple, que era mano, puso un dólar para dos. Blade repartió cartas. El sujeto cuyo nombre desconocía dijo que iba a los dos dólares, y Blade subió a diez. Temple aceptó, y el otro no quiso tomar parte en la jugada prefiriendo perder los dos dólares. Temple pidió una carta, y Blade dos. Ambos tuvieron miedo y no subieron más. Blade ganó la jugada con trío de nueves.

—Precaución, ¿eh? —dijo Temple.

—Podías haber ligado un *full* —repuso Blade.

—O una escalera de color —contestó Temple, con acritud—. No me gusta jugar con amarrones…

—No soy un amarrón… Tú lo sabes. Me juego cien dólares con dobles parejas…

—Eso no ha sido conmigo.

—Recoge las cartas y da —intervino el tercer jugador—. Dejaos de discutir. Cada uno juega como quiere. A los amarrones se les coge también…

Temple barajó.

—¿Tenéis un cigarrillo? —preguntó Blade—. Se me ha olvidado comprar.

—No tengo. Se me acabaron también —respondió Temple—. ¿Y tú, Sidney?

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó el llamado Sidney—. Me quedan dos…

Blade soltó una maldición.

—No podemos jugar sin tener tabaco… Por lo menos yo no lo soporto.

—Ni yo tampoco —dijo Temple.

—De acuerdo —murmuró Sidney—. Iré a la calle de al lado. Hay un inglés que vende paquetes… Estaré de vuelta en diez minutos…

—Compra tres para mí.

—Y otros tres para mí.

Oí el ruido de una silla al ser retirada, y me separé de la ventana, yendo hacia la puerta de la casa. Me puse de pie y me pegué a la pared.

Todo sucedió con rapidez. La puerta se abrió y antes de que el hombre que salía pudiese cerrar, le descargué un tremendo culatazo en la cabeza. Lo sostuve en mis brazos y lo dejé cuidadosamente en el suelo, a la parte de fuera. Luego entré y cerré la puerta con un golpe para que Temple y Blade supiesen que su compañero ya se había marchado en busca del tabaco.

Me encontré en una habitación medio a oscuras. A la derecha se hallaba una puerta entornada, por la que se filtraba un rayo de luz, y hacia ella me encaminé.

Pegué un patadón a la puerta, y advertí desde el umbral:

—Yo de vosotros, no movería ni un dedo…

Temple y Blade dieron un salto e iniciaron el movimiento clásico hacia la sobaquera, pero se detuvieron al ver la mirada resuelta de mis ojos.

—¿Qué tal va esa dentadura, Temple? —pregunté a mi conocido del hotel de Nairobi, recordándole que yo hacía pupa.

Hizo una mueca desagradable, y repuso:

—Algún día se te acabará la suerte, periodista, y entonces… —dejó sin terminar la frase, pero apretó los dientes que le quedaban para indicarme que el día que se me acabase la suerte sería el último de mi existencia.

—Deberías irte a Hollywood, Temple… Estoy seguro que harías el malo mejor que Richard Widmark… —Entré en la habitación, y agregué—: Ahora vais a ser buenos chicos obedientes, y le vais a decir al abuelito qué habéis hecho de Steve Monroe, ¿verdad que sí?

Blade sonrió, replicando:

—¿De qué habla este tipo?

—Le ha dado demasiado el sol en la cabeza —comentó Temple.

Yo también sonreí, y dije:

—Y cuando eso ocurre me da por rellenar de plomo los

intestinos de mis semejantes, si no responden a mis preguntas.

—Es un fanfarrón —murmuró Blade—. Los he visto a docenas, y sé cómo tratarlos.

Aquello no me gustó. Cuando tenía nueve años un compañero de colegio me llamó fanfarrón, y le aticé en un ojo. Yo estuve dos horas de rodillas en un rincón, pero daba por bueno el castigo viendo el hermoso color negro que adquiría la órbita del que me había insultado.

Ahora ya era mayorcito, pero seguía sin gustarme que me llamasen fanfarrón. Me acerqué a Blade sin borrar la sonrisa de los labios, y cambié la pistola de mano. Mi puño derecho entró en colisión con su mandíbula, y él salió despedido hacia atrás arrastrando una silla en su caída. Se levantó, y quiso hacer una diablura intentando sacar la pistola.

—¡Basta ya o tus huesos los enterrarán en Kenya! —le amenacé.

Escupió saliva y sangre, mascullando:

—¡Qué valiente eres con una pistola!

Yo no había hecho otra cosa que intimidar a aquel par de angelitos. Tenía que demostrarles que estaba decidido a borrar sus nombres del censo de los vivos para que contestasen qué habían hecho de Steve Monroe. El trozo de camisa ensangrentada decía bien a las claras qué es lo que harían conmigo si los papeles se cambiasen. Si ellos estaban relacionados con el Mau-Mau, cosa que no admitía ninguna duda, las horribles muertes de Millard y Abbot eran pruebas suficientes para considerar mi puñetazo a la mandíbula de Blade como una simple caricia.

—¡Se acabaron los discursos! —grité—. Tú, Temple, tienes cinco segundos para decirme dónde está Steve Morree…

—No sabemos quién es… ¡ya lo hemos dicho!

—Uno… dos… —empecé a contar.

—Denos al menos las señas de él…

—En mi vida he visto…

Antes de que pudiera terminar la frase apreté el gatillo y sonó un estampido, al que siguió un grito lanzado por Temple.

Había tirado contra su mano izquierda, y en un instante apareció cubierta de sangre. Se la cogió con la derecha y quedó mirándome con el rostro empavorecido. Yo no moví un músculo del

mío. Miré a Blade y advertí:

—Otros cinco segundos para ti, Blade. Uno… dos…

Blade contempló la mano herida de su amigo, y tragó saliva.

—Tres… cuatro…

—¡No tire! —exclamó el pistolero, con palabras atropelladas—. ¡Está abajo! ¡En el sótano!

Los puse de espaldas y los despojé de la «artillería», arrojándola a un rincón.

—¡Ahora, al sótano…! ¡Y cuidado con las trampas!

Salimos de la habitación a un pasillo y al final de éste, Blade abrió una puerta con llave y encendió la luz. Descendimos por una escalera de piedra; allí abajo, sobre un piso terroso gris, estaba Monroe. Tenía el torso desnudo, y su pecho era un conjunto de barro rojizo y heridas abiertas. Se hallaba sentado en el suelo; al verme sonrió débilmente, y con la mirada apagada me dijo:

—¿Qué hay chupatintas? Siempre husmeando…

Apoyó las manos en la pared, y se incorporó. Sentí hervir la sangre en mis venas al ver la espalda flagelada.

—¿Son estos quiénes te han hecho eso? —le pregunté con voz rabiosa.

Asintió con la cabeza.

—¡Nos obligaron! —chilló Blade, implorante—. ¡Nos obligaron!

—¡Perro cobarde! —apostrofé, al tiempo que le metía el puño izquierdo en el hígado.

Se dobló tragando aire, y, entonces, le descargué un culatazo en la cabeza. Cayó redondo y quedó inmóvil. Temple retrocedió asustado. Él ya había tenido bastante con la mano destrozada, y lo dejé en paz. Me agaché y cogí la llave del sótano que había soltado Blade al caer.

—¿Tienes fuerzas para salir? —pregunté a Steve.

—¡Seguro! ¿Qué crees que soy?

Dio unos pasos vacilantes hacia la escalera.

—Espera, Steve —dije, y luego me dirigí a Temple—. Quítate la americana y la camisa…

En menos de un minuto, Temple cumplimentó mi petición. Steve hizo una mueca de dolor al ponerse las prendas del pistolero.

Subimos la escalera, y yo eché la llave dejando encerrados a los dos cuervos.

—Puedes apoyarte en mí, si quieres —indiqué.

Steve ignoró mi ofrecimiento, y me precedió hacia la salida de la casa.

Sidney debió recobrar el conocimiento y escapar a contarle al jefe lo que pasaba. De todas formas, aguce el oído dispuesto a disparar en cuanto se moviese una brizna de aire. Abrí fácilmente la puerta de la calle con la llave maestra.

—¿Adónde quieres que te lleve, polizonte?

—Vamos al hotel Kenya. ¿Tienes un cigarrillo?

Le puse un cigarrillo en los labios, y le acerqué la llama.

Mientras andábamos, yo pensaba que, por fin, me encontraba en la antesala de la solución del misterio.

—¿Tienes habitación en el hotel? —pregunté.

—No.

Tuve suerte, porque una vez en el Kenya, nos dieron departamento y en ningún instante nos topamos con las viejas caras conocidas. Para mayor garantía de conservación de mi incógnito, di el nombre de Jeremías Peace en el registro.

Desde la habitación, Steve me hizo llamar por teléfono a Robert Strong, médico, rogándole trajese los útiles necesarios para curar unas heridas.

Mientras esperábamos la visita de Strong, inicié el interrogatorio:

—Bien, Steve, ¿qué tienes que contarme?

Sentóse en la cama, y no empezó a hablar hasta que le hube dado otro pitillo. Encendido, lanzó una bocanada de humo, y se entretuvo en contemplar cómo se disgregaba.

—Mi historia empieza hace un mes en Washington —dijo con voz monótona—. Edgar Hoover[1] me llamó una hermosa mañana. Estaba junto a un gran mapamundi que ocupa una de las paredes de su despacho. Después de saludarme, cogió una larga vara y señaló la región de Kenya, diciéndome que éste era el lugar donde yo había de cumplir una de las misiones más importantes de la posguerra. Según Hoover, en Kenya se preparaba un movimiento subversivo que, de realizarse, no sólo significaría la pérdida de la colonia para Inglaterra, sino que traería gravísimas consecuencias para los intereses más importantes del mundo occidental en el Oriente Medio. La caída de Kenya significaría la liquidación total de

la influencia inglesa en el Sudán y el canal de Suez. Gran Bretaña tiene iniciadas conversaciones con el Gobierno del general Naguib para la solución pacífica de los problemas que atañen a esas regiones, y una rebelión con éxito en Kenya echaría por tierra las grandes probabilidades que existen ahora de que Egipto se incorpore al plan de defensa del extenso territorio que comprende como punto clave el canal.

—¿Cuál era tu misión, entonces?

—En la oficina de Washington se lleva un fichero de las idas y venidas de los personajes importantes pertenecientes a todos los países del mundo. Hoover empezó a sospechar que algo se tramaba por estos lugares cuando Jomo Kenyata, el presidente del antiguo Kenya African Union, se desplazó en secreto al Sur de Francia, siguiendo el África del Norte. Diversos agentes nuestros siguieron este viaje, del que muy pocos gobiernos se enteraron. Tuvimos noticias de Jomo desde El Cairo, Túnez, Argel, Casablanca y luego Marsella, en donde se le perdió la pista hasta que se hizo visible una semana más tarde en Nairobi. Nuestro agente en Marsella, Kewit Wayne, logró establecer contacto con varias personas que sostuvieron conversaciones con el jefe kikuyu. La más interesante para nuestro departamento fue la de Erza Temple, un checoslovaco, nacionalizado en nuestro país y que fue expulsado de Nueva York en el año 1950 por actividades contrarias a la Constitución. Desde el primer instante, Erza Temple, en cuanto se le localizó, estuvo sujeto a vigilancia. Kewit siguió todos sus pasos, en particular cuando Jomo Kenyata desapareció de la ciudad francesa sin dejar rastro. Debió descubrir algo importante, porque en el último informe que remitió a Washington decía que Temple esperaba en Marsella la visita de alguien que debía ser la mano derecha de Kenyata en el movimiento subversivo.

—¿El último informe? —pregunté—. ¿Es que no ha habido más?

—No. Kewit Wayne fue asesinado en Marsella diez horas más tarde de haber enviado ese comunicado —Steve hizo una pausa para dar una chupada al cigarrillo. Luego continuó—: Ésos eran los datos que teníamos y, de acuerdo con ellos Hoover, en contacto con el Intelligence Service inglés, me envió a África.

—Un trabajo bonito —comenté.

—No ha estado mal del todo.

—Entonces, ¿lo tienes aclarado?

—Me falta lo más importante.

—¿Qué?

—Desenmascarar a la persona que, desde las sombras, ayuda al Mau-Mau.

—Explícate.

—El Mau-Mau necesitaba armas y municiones. El plan consistía en empezar con actos de terrorismo, asaltos a las granjas europeas, sabotajes de toda índole y asesinatos, para luego, cuando cundiese el pánico, barrer de Kenya a la policía y a la guarnición inglesa, atacando con los fusiles sus puestos y sus cuarteles. Jomo Kenyata estaba muy vigilado, y no podía ocuparse del suministro de esas armas directamente. De aquí su viaje para encontrar la persona que se encargase de tal misión. Pensó encontrarla en Túnez o Marruecos francés, donde precisamente se estaban desarrollando las sangrientas escaramuzas entre los nacionalistas y las fuerzas francesas. No sabemos si fue allí o en Marsella donde consiguió la colaboración que deseaba, colaboración que, como es natural, debe reportar muchos miles de dólares de beneficio al personaje en cuestión. Lo cierto es que las armas han llegado a Kenya.

—¿Cómo ha sido posible?

—Han pasado por la frontera abisinia.

—¿De dónde proceden?

—El punto de origen es algo que tengo que aclarar. Lo que sí sé es que pasaron el canal de Suez, y fueron desembarcadas en Massaua. De Massaua fueron trasladadas a Etiopía, y de Etiopía a Kenya.

—¿Has localizado el almacén?

—Sí, Está a muy pocas millas de Naivasha. Me pescaron cuando descubrí el arsenal.

—¿Por qué no te liquidaron inmediatamente?

—Les dije que tenía que hablar personalmente con el jefe para hacerle una proposición. Es una buena treta que siempre ha dado buenos resultados. Los bandidos no se atreven a matarlo a uno, por si luego al que los dirige le sienta mal. Así que me trajeron a Naivasha.

—¿Conque una buena treta, eh? ¿Sabes que el jefe rechazó tu oferta y ordenó que te diesen el pasaporte?

—¿Cómo te has enterado?

—Oí que se lo decía Temple a Blade y Sidney. Te libraste de milagro, porque yo no hubiera podido evitarlo de no haber visto casualmente a Temple que salía del hotel.

—De todas formas resultó bien —dijo Steve, sonriendo—. No me falló mi buena estrella. La ayuda llegó cuando la necesitaba. ¿De qué hotel salió Temple?

—De éste. Así que, aquí debe encontrarse la persona que buscas.

Interrumpió nuestro diálogo la llegada del doctor Strong, quien enseguida empezó a trabajar en el cuerpo de mi amigo. Yo me dirigí hacia la puerta, y la abrí.

—¿Adónde vas? —inquirió Steve—. No te lo he contado todo.

Adopté un aire enigmático, y repuse:

—Ni yo te he contado mi parte. Voy a traerte al hombre que necesitas.

Dio un respingo, desasiéndose de las manos del médico.

—¿Quién es?

—Lo sabrás a su debido tiempo, polizonte —y salí de la habitación.

¿Qué cara hubiese puesto Steve, si le hubiese dicho que mi trabajo consistía en dar con el hombre que tuviese un brazo herido?

CAPÍTULO IX

Me acerqué muy lentamente al salón del restaurante. Quería echar una ojeada al interior sin ser observado. Yo era un muerto, y tenía que sacar partido de tal situación.

Vi en una mesa cenando a los Vickers. Otras mesas estaban ocupadas, pero no había rastro de las demás personas conocidas.

Estuve a punto de desplomarme cuando una voz gritó a mi espalda:

—¡Señor Gooper…!

Me volví estremeciéndome todavía.

Era Madeleine Besnard. En sus ojos había la mirada atemorizada de estar viendo a un aparecido.

—¡Usted! —repitió, con un nudo en la garganta—. Nos dijeron que… había muerto…

Escruté su rostro, intentando descubrir la verdadera causa de su emoción.

—Fue un error de la policía… —contesté.

El grito de Madeleine había llegado hasta el salón, y cuando oí un taconeo detrás de mí ya sabía que Jane Vickers era quien lo producía.

Me tendió las dos manos, y yo las cogí y se las apreté.

—¡No era cierto! —exclamó.

Contrariamente a la sensación de miedo reflejada por Madeleine, en su faz había una aureola de alegría.

—¿Le entristeció mucho la noticia? —pregunté, con el corazón en la boca.

—Una voz interior me decía que no debía admitir su muerte… No sé cómo explicarlo…

No necesitaba hacerlo. Sus bellos ojos azules expresaban más que lo que hubieran podido decir sus labios.

Madeleine me rozó al pasar, manifestando:

—Celebro volverle a ver, señor Gooper…

Su voz me sonó protocolaria. Le di las gracias, y continuó hacia el salón.

—Supongo que no habrá cenado —dijo Jane.

—No.

—Venga con nosotros, entonces.

Acepté, y se colgó de mi brazo.

John Vickers se levantó al acercarnos a la mesa, y me dio la enhorabuena por estar sano y salvo.

Madeleine continuó sentada, huyéndome la mirada. No estaba muy a gusto con mi presencia.

Un camarero me acercó una silla y me ofreció la carta.

Después de elegir los platos, inquirió el padre de Jane:

—¿Qué le ocurrió en el tren, señor Gooper?

—Creí ver entre los arbustos a uno de esos negros que nos tiroteaba, y bajé del vagón intentando cazarle.

—¿Sin armas? —dijo Jane—. ¡Fue una temeridad!

Metí la mano en el bolsillo, y mostré la pistola de Madeleine.

—Tenía este juguete —contesté.

La francesa cambió de color.

—¿No lo reconoce alguno de ustedes? —pregunté.

De pronto un pie me tocó por debajo de la mesa. En los ojos de Madeleine había una súplica.

—¿Por qué habíamos de reconocerla? —replicó Jane, sorprendida—. ¿Qué quiere decir?

—La encontré en el tren —manifesté, volviéndola al bolsillo—. Pero no tiene importancia. A estas horas debe haberse presentado alguien reclamándola en el puesto de policía de Naivasha. Tendré que ir luego a entregarla.

Creo que les convenció la explicación. Madeleine me dio las gracias con la mirada. ¿Por qué hacía yo aquello? Ella estaba de acuerdo con Douglas Richter, y Douglas Richter era, indudablemente, el mago blanco que había presidido la repugnante ceremonia de los juramentados. Sentí el impulso de desenmascarar a la secretaria de John Vickers. ¿Qué esperaba? ¡Ella nos conduciría hasta el lugar donde se hallase Richter! Me contuvo la llegada del camarero con el primero de los platos solicitados.

—¿Señorita Besnard? —preguntó, antes de servirme.

Madeleine levantó la cabeza mirando al mozo, y éste dijo:

—La llaman al teléfono.

Se levantó pidiendo excusas, y encaminóse hacia la cabina que había en el vestíbulo. Yo empecé a comer. Estuvo ausente tres minutos. La conferencia fue corta, pero hubiera dado cualquier cosa por conocer las palabras que se habían cruzado por el hilo, ya que estaba seguro de la identidad de la persona que había llamado. No podía ser otro que Richter.

—Señor Vickers… —dijo la francesa, al sentarse.

—¿Qué hay, Madeleine? —inquirió él.

—Era el señor Stuart. Me ha dicho que llegará al hotel dentro de unos diez minutos. Marchará directamente a su departamento.

John asintió con la cabeza, y declaró, levantándose:

—En ese caso debo subir inmediatamente para preparar el material. Discúlpenme…

—¿Quién es el señor Stuart? —pregunté, cuando el naturalista se hubo marchado.

Jane soltó una risita cantarina, y comentó:

—Sospecha usted de todo el mundo. ¿Es policía o periodista?

—Son dos profesiones de investigación. Siempre hay que estar preguntando. Le aseguro que muchas veces resulta más molesto para mí que para el interrogado.

—Dígale quién es el señor Stuart, Madeleine…

La señorita Besnard me miró con cierta prevención, y explicó:

—El señor Stuart regenta la cátedra de Historia Natural de la Facultad de Ciencias de El Cabo. Circunstancialmente se encuentra en Kenya, y el señor Vickers ha querido entrevistarse con él para solicitar su ayuda en la misión científica que lo ha traído a África…

Le di las gracias por la información, y continué mi cena. Ellas terminaron con el postre, y puse a su disposición el paquete de cigarrillos. La mano de la francesa temblaba en el momento de acercar la llama del fósforo para encender. Sucedieron unos minutos de tensión. Las dos jóvenes fumaban en silencio y yo no sabía de qué hablarles. Tenía deseos de hacerlo, pero con cada una por separado. Pregunté si querían café o té, y prefirieron lo primero. La providencia vino en mi ayuda cuándo vi entrar en el salón a Shiwell. Me excusé, y fui a su encuentro. Cambiamos una mirada de inteligencia y salimos al vestíbulo.

—¿Cómo le ha ido? —inquirió él.

—No del todo bien. Han descubierto que estaba vivo antes de tiempo.

—¿Lo saben ya todos?

—No lo sé, pero hay que pensar que sí. Tengo un trabajo para usted.

—¿Cuál?

Le conté lo que había acaecido en la casa de las afueras de Naivasha, señalándosela en el propio mapa que él me había facilitado.

—Allí tiene a ese par de *gangsters*, en el sótano.

—Ahora mismo voy por ellos —anunció, haciendo ademán de dirigirse a la salida.

Le detuve por el brazo, y dije:

—Pásese luego por aquí. Me gustaría darle más noticias.

—¿Cree que las habrá?

—Puede.

Lo vi marchar y torné al salón.

Jane estaba sola. Supuse que Madeleine habría ido al tocador, porque no la había visto pasar por el vestíbulo. No quise cerciorarme preguntándolo. Hubiese parecido demasiado indiscreto.

Jane me acogió con una sonrisa deliciosa. Al ver su rostro, en el que todo era candor, me pregunté cómo era posible que a pocos pasos de ella se encontrase el crimen y la traición. Desde que en Asmara establecí contacto con el Mau-Mau, me habían sucedido muchas cosas. En varias ocasiones mi situación llegó a ser comprometida; hasta creí sentir en mi frente el contacto frío de la guadaña que siega la vida. Mi cuerpo y mi alma se habían endurecido contemplando el horror y las lóbregas pasiones de los hombres-bestias. Había visto el rojo color de la sangre en muertos y vivos. ¡Había matado sin pestañear…!, y allí estaba aquella mujer ingenua, pura y bella que me volvía a la civilización. Una civilización en la que la paz y la felicidad eran sus principios.

—¿En qué piensa, Jeff?

Sus palabras rompieron la cadena de mis pensamientos. Y esa ruptura me anegó interiormente de alegría. ¡Me había llamado Jeff!

Jane me miraba con un mohín de curiosidad. Yo estaba de pie,

con los ojos clavados en los suyos.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó, sin dejar de sonreír.

Me senté y le tomé una de sus finas manos.

—¡Debe irse enseguida de aquí, Jane! —dije con vehemencia.

—¿Marcharme? —inquirió, parpadeando—. Claro que me iré. Pasado mañana…

—¡Tiene que ser hoy!

Me miró perpleja, vacilando unos segundos antes de replicar:

—No le comprendo, Jeff. Mi padre quiere que estemos aquí un par de días. Necesita hablar con el señor Stuart. Luego iremos a Kisumu y al lago Victoria…

—No me refiero a que salga de Naivasha, Jane… Es de Kenya; ¡tiene que abandonar Kenya!

—¿Dejar esto? ¿Por qué?

—Porque corre un gran peligro… Puede ocurrir lo peor en cualquier momento…

—¿Yo? ¿Se refiere a esos crímenes del
Mau-Mau…?

—Sólo indirectamente…

—Pero esos negros sólo matan a los colonos. Mi padre y yo no tenemos nada que ver con sus problemas, con sus reivindicaciones…

Apreté la mano que tenía entre las mías, como si pretendiese acumular una energía que me faltaba para seguir hablando:

—Jane, tiene que entenderlo… el
Mau-Mau
está más cerca de usted de lo que cree…

Ella movió la cabeza, frunciendo el ceño.

—Por Dios, Jeff… ¿qué quiere decir con eso?

Mojé mis labios antes de decidirme a contestar:

—Entre las personas que la rodean hay alguien que está en íntima relación con la agrupación de fanáticos… Esa persona es mucho más peligrosa que todos ellos juntos…

—¿Y yo la conozco? —inquirió asombrada.

Asentí con la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó.

—No se lo puedo comunicar ahora, Jane… Aún he de desenmascararla… Pero hay otros personajes en relación con ese

principal. Ninguno de ellos vacilará en matar, si se ven acorralados… Por eso temo por usted… Debe marcharse…

—¿Por eso? ¿Porque teme por mí, arriesga su propia vida?

—Porque la suya es tan importante para mí como la mía.

Hubo unos segundos de silencio. Entre nuestras almas se estableció esa extraña corriente que es el principio y fin de la existencia.

—La quiero mucho, Jane… La quiero con todas mis fuerzas…

Sus labios temblaron, y, al fin, pudo balbucir:

—Querido… querido Jeff…

Acerqué lentamente mi cabeza a la suya, hasta que mis labios se unieron a los suyos.

Cuando me separé, Madeleine Besnard pasó al lado de nuestra mesa sin decir nada, en dirección al vestíbulo.

—Perdóname, Jane —rogué, y me lancé en pos de la secretaria de John Vickers.

La alcancé junto a la puerta de salida a la calle.

—*Mademoiselle*…

Ella se volvió trémula.

—Señor Gooper…

—¿Tiene algo que decirme?

—Sí, que le estoy muy agradecida por haber silenciado lo de la pistola… Al señor Vickers no le hubiera gustado saber que su secretaria lleva un arma de fuego en el bolso…

—¿Por qué? Yo creo que lo hubiera encontrado razonable teniendo en cuenta la situación que atraviesa este país actualmente…

—¿Usted cree…? Me pareció que…

—¿Cuál es la verdadera razón de llevar usted esa pistola? —La interrumpí con sequedad.

El rostro de Madeleine tornóse repentinamente pálido.

—La razón que usted acaba de dar. Oí hablar de los crímenes que se cometían en Kenya y…

—Y compró usted una pistola de fantasía para que le sirviese de defensa, ¿no es eso?

—Es así, y no tiene usted derecho a dudar de mi palabra.

—Oh, yo no dudo de su palabra, *mademoiselle*, si usted no quiere…

—En ese caso, le ruego, señor Gooper, me la devuelva…

—Ajá —metí la mano en el bolsillo, y saqué la automática. En el instante en que ella se disponía a tomarla, agregué con voz diferente—: ¿Qué tiene que ver usted con Douglas Richter, *mademoiselle*?

Su mano estaba en contacto con la epidermis de la mía, y noté cómo la retiraba, inconscientemente, unos centímetros. Fue igual que si le hubieran propinado de súbito, un latigazo. Reaccionó enseguida, y cogió la pistola.

—¿Douglas Richter? —repitió—. No he oído jamás ese nombre. ¿Quién es?

Deliberadamente, casi silabeé, al decir con mucha lentitud:

—Un tipo… un tipo que ando buscando… para hacerle una interviú…

—Pues no, no le conozco…

—Pero quizá lo encuentre. Está en Kenya y puede que aquí, en Naivasha… Si va a salir a la calle, a lo mejor se tropieza con él… Naivasha es una ciudad pequeña…

—No, no salgo. He cambiado de opinión. Voy a subir al departamento del señor Vickers. Le preguntaré si me necesita para algo, y luego me retiraré a dormir…

—¿Sí?

—Sí, señor Gooper. Decididamente me voy a dormir —había recobrado la serenidad, e inició su alejamiento de mí con una leve sonrisa en el rostro—. Lo lamento… sí, señor Gooper, siento no poder ayudarle a encontrar a ese… ¿cómo ha dicho que se llama…?, ah, sí, Richter, Douglas Richter…

—Quizá tenga suerte, después de todo, y de con él sin ayuda…

—Le deseo esa suerte, señor Gooper… Hasta mañana…

La vi subir la escalera que conducía a las habitaciones superiores.

Me jugaba mucho con el paso que había dado. Pero no tenía dónde elegir, después de haberme fallado lo de mi falsa muerte. Había de luchar a pecho descubierto provocando con mi jactancia al cerebro criminal que colaboraba tras las sombras con los fanáticos del
Mau-Mau.

Yo era el cebo que había en la trampa, y todo dependía ahora de

que los resortes respondiesen en el momento preciso… antes de que el cebo desapareciese entre las garras de la supuesta fiera.

Iba a volver una vez más al salón, cuando Jane llegó a mi lado.

—Querido… es hora de abandonarte…

—¿Ya?

Le cogí las manos y me transmitieron su calor.

—Es muy tarde, y papá no quiere que trasnoche…

—De acuerdo, Jane.

Se acercó, y nos besamos. La retuve enlazándola por la cintura.

—¿Sabes una cosa? —le dije.

—¿Qué?

—Que esta noche será inolvidable. La recordaré…

—La recordaremos —me sonrió corrigiéndome.

De repente se quedó seria.

—¿Qué te ocurre? —pregunté.

—Estaba pensando en Autmon.

—¿Autmon?

—Sí. Él ha creído siempre…

—Que te casarías con él.

—Sí. Está enamorado de mí desde hace muchos años…

—Pero tú no lo querías…

—Como a ti, no. Es un cariño tan distinto… Será un mal trago para él decirle ahora…

—¿Se aloja en el hotel? Yo hablaré con él —anuncié decidido.

—No está aquí. Tiene un amigo colono en Naivasha, y es su huésped… Precisamente esta mañana salieron a comprobar unos tractores que la compañía de Autmon ha facilitado, y se cayó del caballo dislocándose un brazo…

—¿Autmon se ha dislocado un brazo? —pregunté, sin poder contener la emoción.

—Sí. Envió un criado con la noticia. Habíamos quedado en comer juntos en el hotel, y nos ha avisado de que no podrá venir hasta mañana porque hoy sufría muchos dolores…

—¿Cómo se llama ese amigo?

—¿Piensas ir a decírselo?

—Sí, es mejor que sea yo quien le dé la noticia de nuestra boda. Iré mañana.

—Es Cornel Wilson. Tiene una granja a dos millas de Naivasha,

siguiendo la carretera de Kisumu…

—Está bien. Ahora vete a la cama…

Movió la cabeza afirmativamente, y me apretó la mano.

—Sé diplomático, querido…

—No te preocupes. Hasta mañana.

—¿No vas a dormir tú también?

—He de hacer primero una crónica y enviarla esta madrugada. Tendrás que acostumbrarte a estas anormalidades —dije sonriendo—. Es la vida del periodista.

En cuanto me quedé solo abandoné el hotel. Hacía una noche calurosa, y la carretera de Kisumu estaba cubierta por un palmo de polvo, en el que me hundía hasta los tobillos. Peor hubiera sido caminar por ella en época de las lluvias.

Yo estaba sumido en un mar de confusiones después de haber oído la última declaración de Jane. Había creído que Douglas Richter era el brujo blanco que ofició el rito de los iniciados en el Mau-Mau, y de repente ocupaba el cargo sospechoso el industrial de Nairobi, Gene Autmon. En ese caso, ¿qué papel correspondía a Richter? ¿Y Madeleine? Al pensar en la francesa recordé que le había devuelto la pistola, y solté una imprecación en voz baja. No podía retroceder. Los minutos y hasta quizá los segundos eran preciosos. Yo estaba en el deber de seguir adelante. Del éxito de mi empresa dependía la suerte de muchos hombres.

La luna alumbraba más que la noche anterior, y pude leer el cartel que había a la entrada de la hacienda de Cornel Wilson. Vi una casa de troncos de álamo tras la alambrada de espinos que se alzaba ante mí. Me llevó cerca de un cuarto de hora el conseguir penetrar entre los alambres dejando en ellos un trozo de la americana que me había prestado Shiwell.

Un silbido rasgó el aire. Permanecí quieto escudriñando en todas las direcciones, pero no vi nada. Pensé que si me habían descubierto era preferible continuar con indiferencia ya que estando vigilado, si emprendía la retirada me encontraría con una bala en la espalda.

Me enfrenté con la puerta de la casa y llamé. La puerta se abrió sola, al segundo golpe. No me gustó aquello. En Asmara había hallado otra puerta abierta, y el panorama que contemplaron mis ojos en el interior fue poco agradable.

Penetré con algunas reservas, esperando un ataque por cualquiera de los flancos. Continuó el silencio. Encendí un fósforo, y vi un pasillo delante de mí.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté.

No hubo respuesta, y eché a andar por el pasillo. A la mitad de él, había una habitación a la derecha. Se apagó el fósforo y, cuando iba a encender otro, oí el leve ruido producido por alguien que se arrastraba. Permanecí inmóvil, conteniendo el resuello.

Intenté localizar la persona que había en la casa. Siguieron cinco opresivos segundos de calma, y de nuevo percibí el roce de un cuerpo con el suelo.

—¡Sé que está ahí dentro! ¡Salga inmediatamente con los brazos en alto…! —ordené—. ¡Si no se entrega, dispararé hasta vaciar el cargador!

Esperé el resultado de mi bravata.

El miedo se me había metido hasta el tuétano de los huesos. Tragué saliva para poder continuar:

—¿Me ha oído…? ¡No tiene escapatoria…! ¡Tiene un minuto para decidir si ha de entregarse o morir!

Empecé a contar los segundos. ¿De qué vida serían los últimos? Yo era el que tenía más probabilidades de ir al otro mundo.

Al llegar al cincuenta y cinco, un bulto oscuro emergió por la puerta de la habitación. Di un paso hacia atrás, y conminé:

—¡Quédese ahí donde está…! ¡Sin moverse!

La orden fue obedecida, pero lo importante era conseguir reducir a la impotencia a aquel hombre.

—¿Es usted Autmon? —pregunté.

La respuesta no llegó.

—¿Es Cornel Wilson?

Obtuve el mismo éxito.

¿Quién era la persona que tenía ante mí? ¿Douglas Richter quizá? La curiosidad pudo más que la precaución. Tenía entre los dedos el fósforo que había dejado sin encender, y froté su cabeza contra la caja. Brotó la llama, y la levanté. Vi a un negro de rostro horriblemente pintarrajeado, con ojos de lunático. Por un instante pareció deslumbrado. Ésa fue mi equivocación, quedarme quieto hasta que reaccionara, y cuando esto ocurrió me di cuenta de que en su mano derecha tenía un largo cuchillo enrojecido.

Dio un grito salvaje, y levantó el brazo armado lanzándose sobre mí. Sólo tuve tiempo de dejar caer el fósforo y burlar la acometida. Sentí que el cuchillo me rozaba la oreja, e inmediatamente entró el lunático en contacto conmigo. Caímos sobre el piso de madera y yo ataqué con furia. Desplegando toda mi energía cogí la muñeca de mi rival, para evitar que se sirviese del arma. Él me hundió la rodilla en el estómago, pero me arqueé y le correspondí con un tremendo cabezazo en el pecho. Resopló varias veces, y ya no le di cuartel. Con el puño que tenía libre le machaqué la cara. A cada golpe le hundía la nariz, una mejilla o un labio. Hizo un esfuerzo sobrehumano, y consiguió izarme. Luego me largó un patadón que recibí en pleno plexo solar. Salí rebotado dando dos vueltas de campana. Me disponía a levantarme cuando lo oí venir. Me aparté de su trayectoria y le pegué en el hígado con el antebrazo. Tal era su furia que cayó de bruces, y sentí cómo el cuchillo se clavaba en el piso.

A pesar de la oscuridad, ese sexto sentido que poseemos todos, basado en el instinto de defensa, me respondió a la perfección. Me tiré sobre mi adversario para fulminarlo. Se abrazó a mí, tratando de evitar la lluvia de golpes. Forcejeamos respirando entrecortadamente, escupiendo saliva y sudando como condenados. Mi mano derecha tropezó con el mango del cuchillo, que se cimbreó. Logré desasirme lo cogí, y como un rayo lo hundí en el cuerpo del negro. Éste lanzó un rugido espantoso que me heló la sangre. Dejó de ofrecer resistencia y sus dedos, que se asían a mí como garfios, fueron dejando de apretar lentamente, hasta que las manos resbalaron y cayeron sin energía. Aún sentí el movimiento descompuesto de su pecho. Pero su corazón dejó de latir, y quedó estático.

Me incorporé vacilante, y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Después de descansar unos segundos me encaminé a la habitación de donde el negro había salido. Una vez en el umbral de la puerta, encendí una cerilla más.

Contemplé a Autmon, el director-gerente de la Compañía Explotadora de Tractores de Nairobi. Estaba como Millard, como Abbot… con las siete mutilaciones del
Mau-Mau.

Mas él, al menos, tenía muy cerca a su asesino.

Recorrí las demás habitaciones de la casa sin encontrar a nadie. Salí a la carretera utilizando el mismo hueco por donde había entrado, y me dirigí con paso rápido al hotel Kenya.

La muerte de Autmon, de quien había sospechado, colmó mi paciencia. Madeleine poseía la clave del jeroglífico, y con ella me las iba a entender yo ahora.

Subí la escalera del hotel a los departamentos, de dos en dos. Quería que estuviese presente John Vickers en mi entrevista con la francesa, ya que él era su jefe y quizá podría ayudarme a preparar la acusación con algunos detalles sospechosos observados en su conducta desde que la tomó a su servicio como secretaria.

No era una hora muy oportuna para conferencias, pero el caso requería medidas urgentes.

Iba a llamar a la puerta de la habitación de John Vickers, cuando oí voces procedentes del interior. Miré el reloj. Era la una de la madrugada. ¿Estaría dentro todavía el tal señor Stuart de El Cabo?

Cometí la incorrección de acercar el oído a la puerta.

Una voz dijo:

—Ésta es su última jugada, John…

—¡No! —gritó Jane.

No lo pensé un segundo. Hice girar el picaporte y abrí, penetrando en la habitación como un vendaval.

¡Douglas Richter tenía en la mano una pistola con la que amenazaba a John y Jane Vickers!

Cuando inició el giro hacia mí, ya había lanzado mi puño contra su rostro. Le alcancé entre ceja y ceja, y se desplomó hacia atrás sin emitir un quejido. Al caer levantó el brazo, y disparó al techo. Su cabeza chocó contra la esquina de un sillón y perdió el conocimiento.

Jane acudió a mi lado, y me abrazó.

—¡Jeff…!, ¡querido…!

—Jane, ¿te encuentras bien?

Movió la cabeza en sentido afirmativo.

Su padre me tendió la mano.

—No ha podido ser usted más oportuno… Un segundo más y… no quiero pensar en lo que hubiera ocurrido… —Su voz era

condolida.

—No pienses ya en eso, papá.

Me agaché y quité el arma de la mano al desvanecido Richter.

—¿Por qué quería matar a usted y a su hija? —pregunté.

—Probablemente porque nuestra muerte hubiese trascendido más en Inglaterra y en el mundo que la de un sencillo e ignorado colono —contestó el naturalista—. Creen que con ello van a conseguir atemorizar al Gobierno inglés…

—¿Por qué no se van de Kenya, señor Vickers?

—Sí, mi hija me estaba hablando de su sugerencia cuando entró aquí ese hombre… Tengo miedo por ella… Creo que es lo mejor… Nos marcharemos en cuanto amanezca…

—Celebro que adopte esa decisión, señor Vickers —declaré.

Jane apretó mi mano.

—¿Y tú, Jeff?

—Me marcharé contigo.

—¿Es cierto eso? —preguntó, con la alegría saltándole en los ojos.

—Ahora ya no te puedo dejar.

—¿Qué va a hacer con ese hombre, señor Gooper? —inquirió John Vickers.

—En cuanto recobre el conocimiento, lo llevaré a la Comisaría de Policía. Un tal Shiwell se alegrará mucho al recibirlo… Me da en la nariz que con esta captura el Mau-Mau ha sufrido un rudo golpe…

—Tengo los nervios destrozados —manifestó Jane.

—Vamos abajo —indicó el padre—. Aunque el bar está cerrado, el encargado de noche nos proporcionará algo para beber…

—¿Te importa quedarte solo, querido?

—En absoluto —negué—. Anda, tu padre tiene razón… Prefiero que no lo veas cuando vuelva en sí —añadí, señalando a Richter.

John pasó el brazo por los hombros de su hija, y se dirigieron hacia la puerta que continuaba abierta.

Richter se movió y le miré.

—¿Vas a dejarlo marchar ahora? —dijo una voz detrás de mí.

Me volví rápidamente y vi en el umbral, entorpeciendo la salida, a Steve Monroe. Tenía el rostro pálido, y en sus ojos había un

intenso brillo.

—¿Qué te pasa, Steve?

John Vickers dejó de abrazar a su hija.

—¿No dijiste que me entregarías al hombre que necesitaba, Jeff? —preguntó mi amigo.

—¡Ahí lo tienes! —repuse, indicando a Richter que empezaba a recobrarse.

Steve soltó una risita irónica.

—Eres un gran policía, querido —declaró—. Solamente que te equivocas de hombre… ¡Es John Vickers el que necesito!

Di unos pasos hacia él.

—¡Estás delirando, Steve…! ¡Vuelve a la cama!

—John Vickers —siguió diciendo Monroe— contrabandista, asesino… y aventurero sin escrúpulos…

La garganta de Jane emitió algo parecido a un gemido.

—¡Cállate, Steve! —grité.

John y su hija se apartaron de la puerta. En el rostro de ella vi reflejado el horror que le producían las palabras de aquel hombre comido por la fiebre.

—¡Entréguese, Vickers! —ordenó secamente Steve.

Me dirigí encolerizado hacia él para taparle la boca. Tropecé con John Vickers, quien dio un quejido e instintivamente se llevó la mano izquierda al brazo derecho.

Me detuve, y mis pupilas se clavaron en las del naturalista. Fueron unos segundos en los que hubiera jurado que se había detenido el mundo.

De pronto, John me dio un manotazo en la muñeca y me desarmó.

—¡No intente nada! —advirtió, al tiempo que sacaba rapidísimamente una automática y se echaba hacia atrás.

—¡Padre! —exclamó Jane, con los ojos muy abiertos, llevándose las manos a las mejillas.

—¡Pase adelante, sabiondo! —ordenó el profesor a Steve.

—¡No puede ser, padre…! ¡No es cierto! —decía la joven, sin querer dar crédito a lo que sucedía.

A mí también me parecía estar viviendo una horrible pesadilla. Mas era un hecho real. Allí estaba John Vickers con el brazo herido, el brujo blanco del ceremonial

Mau-Mau.

—¡Vamos, pónganse los tres cara a la pared! —ordenó John—. ¡Y con los brazos en alto!

—¡Estás loco, padre! —intervino Jane.

—Sal fuera, hija; espérame en el vestíbulo… Enseguida estoy contigo.

—¿Qué vas a hacer?

En aquel instante entró un hombre al que yo no había visto nunca. Se detuvo al enfrentarse con la escena.

—¿Qué pasa, Luigi? —inquirió Vickers.

—¡Tenemos que marcharnos! —contestó asustado el recién llegado, a quien identifiqué como Di Maggio, el socio de Arthur Millard—. ¡Estamos descubiertos!

—Eso es lo que nos disponíamos a hacer… Coge esa pistola que está en el suelo, y sal fuera a ver si está el campo libre… Llévate a mi hija y esperadme abajo. Yo, entretanto, acabaré este trabajo…

—¡No iré, padre! —Se rebeló Jane.

—¡Obedece…! ¡Adelante, Luigi!

Di un paso para impedir que Di Maggio se llevase a la muchacha, pero Vickers me atajó.

—¡Quieto, periodista! —barbotó, apretando los dientes.

Luigi cogió la pistola del suelo, y señaló a Jane la salida. Ella me miró llorando y se marchó precediendo al italiano.

—¿Qué va a hacer ahora, Vickers? —preguntó Monroe.

—¡Cara a la pared he dicho!

Steve me miró de soslayo y comentó:

—Esto significa la muerte, chupatintas. ¡Qué gran triunfo para el Mercury de Kansas City!

De súbito oímos fuera un disparo, seguido de un grito lanzado por Jane Vickers.

—¡Jane! —exclamó nuestro verdugo, y salió corriendo de la habitación.

Nos lanzamos hacia la puerta, pero antes de llegar a ella las paredes retumbaron bajo los efectos de tres estampidos.

Madeleine Besnard estaba de pie, al fondo del pasillo en cuya parte central empezaba la escalera que conducía a la planta baja del hotel. Tenía en la mano una humeante automática de cachas de marfil.

John Vickers se apoyaba en el brazo de la escalera, sujetando su vientre con las dos manos. Jane acudió a él para sostenerlo.

Cuando llegué a su lado, John levantó la cabeza. En su rostro había un rictus de dolor. Por entre sus dedos vi correr la sangre que caía gota a gota sobre la alfombra azul. Miró a su hija, que tenía las mejillas bañadas en lágrimas, y quiso decir algo, pero no pudo. Exhaló un quejido, y se desplomó muerto.

Jane prorrumpió en sollozos y yo la acogí en mi pecho. Por encima de su adorable cabello, vi al fondo de la escalera el cadáver de Luigi di Maggio. Tenía un orificio de bala en la frente.

CAPÍTULO X

Estábamos reunidos en el salón restaurante del hotel Kenya. Los asistentes éramos Steve Monroe, Thomas Eddy, Graham Rutherford y su esposa Danielle Blanchard, Samuel Shiwell y yo. Los nombres de Rutherford y Blanchard no les dirán a ustedes nada. Por ello he de agregar que se trataba de Douglas Richter y Madeleine Besnard, y que la razón de utilizar otras identidades a las suyas verdaderas era debido a que ambos estaban adscritos al Intelligence Service inglés.

Jane Vickers se hallaba en casa de Shiwell, cuya esposa, una mujer simpática y jovial se prestó gustosamente a hacer compañía a la atribulada joven.

Yo era la única persona que no estaba enterada de los pormenores de la tragedia cuyo último acto se acababa de representar. Rogué a mis amigos, pues, que me informasen.

—Creo que será preferible empezar por el principio —opinó Eddy.

—Sí, y en ese caso nadie mejor que Rutherford para ponerle en antecedentes —asintió Steve.

Rutherford carraspeó y teniendo entre sus manos una de las de su esposa, dijo:

—Está bien, le haré un resumen.

Le di las gracias y entonces, continuó:

—Un agente del Intelligence Service, en Addis Abeba consiguió enterarse de que entre Luigi di Maggio y John Vickers se había establecido una corriente de amistad un poco extraña, ya que el uno era agricultor y el otro profesor universitario de Historia Natural. Londres tenía noticias de que se trataba de introducir armas de contrabando en Kenya, así que cuantas sospechas tomaban cuerpo las comprobábamos hasta que la realidad demostraba que eran infundadas. En el caso de Vickers ocurrió algo que llamó

poderosamente nuestra atención. Según los informes que nos transmitió Edgar Hoover, un agente del
F. B. I.,
había sido muerto en Marsella cuando seguía una investigación relacionada con la estancia en aquella capital de Jomo Kenyata bajo nombre supuesto. Pues bien, John Vickers pasó por Marsella caminó de África. Mi esposa, que había conseguido la plaza de secretaria de Vickers por el sencillo medio de acudir al reclamo de un anuncio que se hizo insertar en la Prensa, no consiguió nada efectivo…

—¿Nada efectivo? —repitió Steve.

—Bueno, nada al principio —aclaró Rutherford, atrayendo hacia sí a su mujer—. Lo cierto es que no teníamos nada tangible contra Vickers, y por lo tanto había que cogerlos con las manos en la masa… Y eso se lo debemos a usted, señor Gooper.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por el proyectil que le clavó usted en el brazo.

—¿Cómo fue? —quiso saber Eddy.

Repetí la historia que ya había narrado a los demás.

—¿Y qué importancia tuvo eso? —pregunté yo, cuando hube terminado de contar mi parte.

—Vickers se asustó. Llegó al hotel, subió a su departamento y se encerró en el dormitorio. Al poco rato llegó Luigi di Maggio. Hablaron abiertamente. John le dijo a Luigi entre otras cosas, que debían liquidar el negocio, cobrar el importe de las armas y largarse. No sabía que mi esposa, desde el cuarto de baño, con el que comunicaba el dormitorio, estaba escuchando. Así en cuanto se separaron, Danielle no hizo más que ponerse en contacto conmigo, en otro departamento del hotel, y es cuando decidí intervenir —Rutherford sonrió— y poco después me chafó usted la captura…

—Lo siento —me excusé.

—No tiene importancia. Quizá haya sido mejor así para la hija. Nadie hubiese librado a Vickers de la horca.

Yo asentí y pregunté:

—¿De dónde sacaron las armas, y quién las pasó?

—Un par de aventureros americanos las suministraron y las dejaron en Massaua. Luigi di Maggio se encargó de formar una caravana para entregarlas en Kenya.

—Y ahora, ¿quieren explicarme las muertes de Millard, Abbot y

Autmon, y por qué Millard me reservó una habitación en este hotel desde Asmara, sin yo conocerlo?

Siguió hablando Eddy:

—Millard, está claro, debió descubrir las nuevas actividades de su socio, y probablemente pensó que si lo ponía en conocimiento de la policía, se quedaría con toda la riqueza de la sociedad agrícola que tenían formada. Di Maggio se daría cuenta a su vez de la intención de Millar, y dispuso su muerte. Millard vio que estaba en peligro, que jugaba con fuego, y que para llevar a buen fin su plan tenía que andar con cuidado. Si daba un paso en falso era hombre muerto. Y lo hubiese dado, a su juicio, comunicando directamente a la policía el secreto respecto al contrabando de armas. Necesitaba de una persona con la que pudiese conversar sin levantar las sospechas de los que, indudablemente, le vigilaban. Por ello pensó en usted con la idea de hablarle primero en el hotel de Asmara y luego acudir juntos a Nairobi, donde usted sería quien presentaría la denuncia del caso ante las autoridades. Pero no le valió la estratagema, o con toda seguridad estaba decidida ya su muerte.

—Hay algo que desearía saber —manifesté—. Una mujer me llamó por teléfono preguntando por mí la misma noche que mataron a Millard en mi habitación…

—Fui yo —afirmó Danielle—. Cuando regresé con los Vickers del hotel, vi que John se encerraba en su cuarto y hacía una llamada telefónica. Me las arreglé para entrar e interrumpirle, y lo hice en el instante que hablaba de Arthur Millard… Cuando minutos más tarde bajé al vestíbulo, vi a Millard en el registro preguntando por usted… Precisé salir porque tenía una entrevista con mi esposo, a quien comuniqué las últimas noticias. Él sospechó que se tramaba algo contra Millard por el vínculo que existía entre él y uno de nuestros sospechosos, Di Maggio. Por ello, desde el lugar donde nos encontrábamos, telefoneé a usted para que a su vez pusiese sobre aviso a Millard… Desgraciadamente no pudimos hacer nada efectivo.

—Gracias, señora Rutherford —dije—. ¿Y qué papel desempeñó Ernest Abbot?

—Ernest Abbot, a causa de los estudios sobre magia negra que había emprendido, tuvo oportunidad de conocer a fondo los resortes internos del

Mau-Mau.

Al principio su papel fue meramente pasivo. Mas con el tiempo apreció que la sociedad secreta empezaba a llamar la atención del mundo por su actividad extralegal, y juzgó que podía vender su silencio a un buen precio. Es decir, puso en práctica el chantaje. Debieron darle resultado los primeros intentos, porque gastaba el dinero a manos llenas… Al fin, sus continuas peticiones acabaron con la paciencia de los proveedores, y ya puedes suponer cuál fue la decisión.

—¿Y Autmon?

—La muerte de Autmon es la única que no guarda relación con los hechos que hemos investigado —contestó Eddy—. Ese fanático negro del que usted se libró, entró en la casa de Wilson como hubiera podido hacerlo en cualquier otra. El asesinato de Autmon es uno más que añadir a la ya larga lista de los que llevan perpetrados los conjurados del

Mau-Mau.

Wilson oyó ruido en la habitación de Autmon, se asustó y se escondió en el sótano de la casa, que es donde lo hemos encontrado hace un rato, castañeteándole los dientes de miedo…

—Otra pregunta, ¿con qué objeto fue detenido el tren que nos conducía a Naivasha? Encontré muy raro que…

—Fui yo quien hizo los disparos —declaró Steve, sonriendo—. Era una señal convenida para que Rutherford bajase del tren… Diez kilómetros al este del lugar donde se detuvo, se encontraba el arsenal de los conjurados.

—¡Y me engañaste diciendo que no conocías a Rutherford! —exclamé.

—Tú eres un periodista, querido. Y yo sé lo que son los periodistas.

—Ya te cogeré luego por mi cuenta, Steve. Ahora díganme, ¿quién era el señor Stuart?

—Un falso profesor naturalista —respondió Rutherford—. Realmente Stuart es un extremista de Rhodesia, del mismo calibre que Jomo Kenyata. Éste había hablado con Stuart sobre la posibilidad de extender la insurrección al sudeste de África… También lo hemos detenido, así como al propio Jomo Kenyata…

—¿Qué harán con ellos?

—Desgraciadamente no existen pruebas materiales de su participación directa en la perpetración de la cadena de crímenes… pero de todas formas se les someterá a juicio y serán condenados a penas de prisión por desarrollar actividades subversivas.

Todos estábamos muy cansados. Había sido una noche demasiado agitada. Nos levantamos de los asientos disponiéndonos a descansar unas horas.

Thomas Eddy iba a mi lado, y aproveché la oportunidad para preguntarle qué pensaba sobre el Mau-Mau, después de su contacto directo en Kenya y de los últimos sucesos.

—Esta crisis pasará —me dijo—. Son muchísimos los kikuyus que se resisten a esas ceremonias de iniciación que comprometen su vida y las de sus hijos. Al fin se impondrá el buen sentido y la cultura, y volverá la paz a la colonia. Lo principal está hecho. Cortar de raíz una insurrección armada que hubiese cubierto de sangre no sólo Kenya, sino África entera… El Gobierno está decidido a rectificar pasados errores y a contribuir con su esfuerzo al bienestar de todos los grupos raciales negros…

EPÍLOGO

Hoy es un día hermoso en Kansas City. El cielo está azul, y brilla el sol en todo su esplendor. Los sucesos del Mau-Mau quedan ya lejos. De cuando en cuando los teletipos transmiten noticias esporádicas de que una banda de incontrolados fanáticos lleva a cabo matanzas, pasando a cuchillo poblados enteros. Las fuerzas británicas y la policía indígena luchan denodadamente para evitar que Kenya se convierta en un inmenso lago de sangre, y debo hacer constar que en esa labor recibieron una ayuda inapreciable de Steve Monroe, Graham Rutherford y de su esposa, la audaz Danielle. Asusta pensar qué ocurriría a estas horas en el territorio africano, si en lugar de machetes, las manos homicidas esgrimiesen las armas cuyo contrabando fue cortado de raíz. Jomo Kenyata y sus lugartenientes se hallan en estos momentos esperando la sentencia condenatoria de su actividad extralegal. Hay que ser optimistas y creer que la razón y la justicia se impondrán, y que una era de paz, como me dijo Thomas Eddy, contribuirá al desarrollo próspero de Kenya y sus habitantes.

Termino este epílogo en el despacho de mi hogar, en el instante en que Steve Monroe me anuncia que todo está listo para la ceremonia. Se refiere a la ceremonia de mi boda con Jane Vickers, en la que mi buen amigo ocupa el puesto de padrino. Jane es una muchacha animosa, y ya tiene casi cicatrizada la herida que le produjo la amarga realidad. A ello nos dedicamos con fervor todos cuantos la queremos.

FIN

NOTAS

[1] Jefe de la Oficina Federal de Investigación conocida vulgarmente por el FBI. < <